MARDOQUEO.

MARDOQUEO.

TRAGEDIA

EN CINCO ACTOS,

POR

Don Juan Climaco de Salazar.



MADRID. MDCCLXXXXI.
Por la Viuda de Don Joaquin Ibarra.
CON LICENCIA.

Deus nobis haec otia fecit............

Virg. *Eclog.* I.

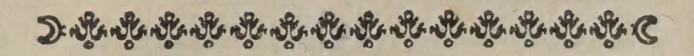
ERSONAS QUE REPRESENTAN

LA TRAGEDIA.

ASUERO.......	*Rey de Persia.*
EDISA.........	*Con el nombre de Ester, consorte de Asuero, é hija de*
MARDOQUEO.	*Príncipe Hebreo, cautivo en Persia.*
AMAN.........	*Príncipe Amalecita, favorecido de Asuero.*
CARSENA......	*Consejero del Rey, y Confidente de Amán.*
TARSE..........	*Capitan de la Guardia Real.*
ABIUD..........	*Sacerdote Hebreo.*
ATAC..........	*Page de Ester.*
ARBONA......	*Page de Asuero.*
BEROE..........	*Doncellas de Ester.*
PALMIRA......	*Doncellas de Ester.*

ACOMPAÑAMIENTO
De Pages, Guardias, Criados y Soldados.

La accion se representa en el Real Palacio de Susa, Capital de la Persia.



ACTO PRIMERO.

La Escena representará un trozo del patio del Palacio Real, y en el fondo una puerta que da vista al atrio y plaza del mismo, fuera de la qual se pasea una guardia.

ESCENA PRIMERA.

Mardoqueo que vestido noblemente á la moda Persiana, entra en el Palacio en ademan doloroso, y Atác que le sale al encuentro en acto de maravilla.

ATAC.

MARDOQUEO ¿tú aquí? y en este trage?

MARDOQUEO.

Sí, fiel Atác: al obstinado empeño
de Ester al fin cedí: solo la Reyna
pudo obligarme á interrumpir mi llanto,
y el cilicio á cambiar en este trage,
cuyo vano esplendor é inutil pompa
la pena aumentan, que de eterno luto

cu-

cubre mi corazon.

ATAC.

Pero á lo ménos
este Persiano ornato te franquea
del palacio la entrada, y te defiende
de la irrision cruel, con que ahora insulta
á los de tu Nacion la licenciosa
libre plebe de Susa; y finalmente,
siendo él de Ester un don, él te asegura
de la gracia de Ester; y si se empeña
la Reyna á tu favor, en vano, amigo,
temes la muerte.

MARDOQUEO.

¿Yo temer la muerte?
si ella no fuese un vil triste consuelo
de quien ya de sufrir está cansado,
la muerte Mardoqueo desearà,
y encontrarla sabría. Ah! si á mí solo
condenase á morir ese decreto,
de ver regada con mi amargo llanto
esa plaza no hubiera Aman tenido
el bárbaro placer; pero conmigo

de-

debe morir tambien todo mi Pueblo.
Infeliz Israél! y yo la causa
seré de tu ruïna. (1).

ATAC.

Disimula
tu pena, Mardoqueo.

MARDOQUEO.

Un dolor grande
mal se puede ocultar dentro del pecho.

ATAC.

Pero con tu penoso y triste llanto
no debes funestar ni aun los umbrales
de esta Real mansion.

MARDOQUEO.

Soberbios postes!
techos tiranos! de llorar la causa
si dais á un infelíz, ¿por qué os ofende
de un infelíz el necesario llanto?
Atác, no es tiempo de perderlo en vano
inutil razonar. Dime ¿y la Reyna

(1) Cubriéndose el rostro con las manos para ocultar su llanto.

á quando aguarda el presentarse á Asuero?
El plazo va á espirar de los tres dias
en que mi pueblo (como Ester me impuso),
con un rígido ayuno ha procurado
la cólera aplacar del ofendido
Dios de Israél. La Reyna hoy á su esposo
presentarse debia, y declararle
de Amán la iniqüa maliciosa trama.

ATAC.

Así lo prometió, y así á cumplirlo
está resuelta Ester; pero aun no es tarde:
de su rápido curso apénas llega
el Sol á la mitad.

MARDOQUEO.

¿Y te parece
corta esa dilacion? Mi triste Pueblo
incierto de su suerte, aun los instantes
ansioso cuenta, y le parece un siglo
cada hora que pasa. Ah! di á la Reyna
que no prolongue mas nuestra insufrible
penosa suspension, y que segura
del favor de mi Dios, en cuyas manos

es-

está de Asuero el corazon, y puede
donde quiera inclinarlo, se presente
intrépida ante el trono.

ATAC.

¿Y si se ofende
Asuero de que Ester sin ser llamada
comparezca á su vista? Tú no ignoras
el rigor de las leyes de la Persia,
y que Ester violándolas incurre
en la pena fatal.

MARDOQUEO.

Mi Dios librarla
sabrá de tal peligro: ella lo emprenda
por salvar mi Nacion: cuidado el cielo
tendrá de lo demas.

ATAC.

Y tú debieras
de la Reyna y de tí tambien tenerlo.
Dime, si Ester te falta, ¿que reparo
opondrás al torrente impetuoso
de las iras de Aman?

MARDOQUEO.

Yo pienso ahora
solo en salvar mi Pueblo.

ATAC.

¿Y no te curas
de la vida de Ester?

MARDOQUEO.

Ester.... la Reyna....
debe cumplir lo prometido.

ATAC.

A costa (1)
de su vida tambien. ¿Y que derecho
puede obligarla á tal deber?

MARDOQUEO.

El mismo
que la obligó á ofrecer lo que no cumple,
ó difiere cumplir. ¡Muger ingrata!

ATAC.

¿Llamas ingrata á Ester? ¿y así la llamas
en presencia de Atác? La revelaste,

yo

(1) Irónicamente.

yo no lo ignoro, la maligna trama
de aquellos dos traydores, que la muerte
intentaban de Asuero; mas por este
importante servicio has recibido
recompensa, y no leve, por mi mano.

MARDOQUEO.

Si acepté de la Reyna algunos dones
pasaron por mi mano á las de un Pueblo
miserable, que gime baxo el yugo
de una tirana dura servidumbre.
Pero de Ester espera Mardoqueo
otra merced mayor.

ATAC.

¿Y no te basta
la de su gracia, á la que aspiran todos
los Príncipes del Reyno, y no la puede
lograr ni el mismo Amán? Si el Pueblo tuyo
fuera el Pueblo de Ester: si tu le fueses,
¿que diré?,. padre; Ester mayores pruebas
no diera de dolor, que las que ha dado
despues que la llevé la infausta nueva
de ese decreto que os condena á muerte.

MARDOQUEO.

¿Y que nos aprovecha de la Reyna
una inútil piedad, si así repugna
el descubrir nuestra inocencia á Asuero?

ATAC.

Mas no repugna sin razon: el curso
se pasó de una luna, á su presencia
sin haberla jamas el Rey llamado;
y aun parece que de ella no se acuerda,
ó no se cura mas.

MARDOQUEO.

Frívola excusa
con que tú disculpar de Ester intentas
el indigno temor. Atác, la Reyna
me ha prometido, á Asuero hoy presentarse:
peró si á Mardoqueo infiel é ingrata,
á mi Pueblo abandona en tal conflicto,
mi Dios lo librará por otro medio
de la rabia de Amán: y Ester, que acaso
para este fin subió de Persia al Trono,
perecerá cubierta de ignominia,
y verá perecer tambien consigo

la casa toda de su padre. Dila que á Asueró hoy se presente; y si no, tema la cólera del Dios de Mardoqueo.

ATAC.

¿Y en este modo imploras de una Reyna la piedad, y el favor?

MARDOQUEO.

Con su respuesta yo te espero en el atrio. (1)

ATAC.

Cada dia este misterio oculto entiendo ménos. (2)

ESCENA SEGUNDA.

Mardoqueo, y despues Tarse, que precedido de dos guardias se encamina para salir del palacio; pero viendo á Mardoqueo se viene ácia donde él está.

MARDOQUEO.

¡Dura necesidad! Si con la Reyna lí-

(1) Volviendo las espaldas á Atác.
(2) Parte Atác.

lícito fuese hablár á Mardoqueo,
la Reyna ménos lenta obedeciera
de su padre á la voz.

TARSE.

Al fin cesaste
de aturdir con tu llanto y tus lamentos
esa pública plaza. ¿Y tanto angustia
á un Hebreo una ley que le permite
un año aun respirar? ¿y para quando
tu constancia reservas, Mardoqueo?

MARDOQUEO.

Era debido, valeroso Tarse,
á la suerte infelíz del Pueblo mio
tan acerbo dolor. ¿Y yo podia
medir mi pena y moderar mi llanto,
viendo á mi Pueblo todo en solo un dia
condenado á morir, sin mas delito
que el que yo cometí? Sin otro fruto
que el de apagar con su inocente sangre
de Amán la sed cruel?

TARSE.

Y quantas veces

yo te pronostiqué de tu severa
inflexible virtud esa precisa
conseqüencia fatal?

MARDOQUEO.

¿Y yo debia
á las leyes de Asuero obedeciendo,
las leyes violar, y el santo culto
profanar de mi Dios?

TARSE.

Pues él ahora
te salvará de Amán.

MARDOQUEO.

Lo hará, si quiere:
inmenso es su poder.

TARSE.

Basta: lo hecho
no es fácil enmendar: conviene ahora
tu Nacion no exponer á alguna nueva
calamidad mayor.

MARDOQUEO.

Y Amán ¿que puede
añadir á una muerte tan horrible

y tan atroz?

TARSE.

Pudiera acelerarla.

MARDOQUEO.

Mas no lo hará, sabiendo que la muerte
con nuestra pena, y su placer acaba.

TARSE.

¿No lo hará? Mardoqueo, mis temores
vanos no suelen ser. Tampoco ignoras
la justa compasion con que á tu Pueblo
Tarse siempre ha mirado. En ti hasta ahora
me plugo respetar de un alma grande
la sublime virtud y los derechos
que dá una noble cuna, y que no quita
de una calamitosa adversa suerte
el destino infeliz: conozco, aprecio
tu constancia, y la admiro; mas no puedo
ni debo tolerar el que aquí vengas
nuevamente á insultar con la de Asuero
la autoridad de Aman.

MARDOQUEO.

Piadoso Tarse,

siem-

siempre yo respeté como sagrada
la autoridad de un Rey, en cuyos grillos
mi Dios me puso sin quitarme el peso
(¡peso justo es verdad!), sus santas leyes
de no olvidar, obedeciendo á Asuero.
De mi fidelidad alguna prueba
he dado al Rey. Y ahora ¿en que yo ofendo
de Amán la autoridad?

TARSE.

¿En que la ofendes?
¿y no es esta la hora en que Amán suele
al palacio venir? ¿Por esta puerta
Amán no suele entrar? ¿Aquí cien veces
no le negaste aquel honor que exîge
justamente él de tí? Si de tu patria
las leyes adorarle te prohiben,
¿la presencia de Amán por qué no evitas?

MARDOQUEO.

Tarse, un deber preciso aquí me traxo;
y un preciso deber aquí me obliga
á detenerme ahora: una respuesta
en el atrio yo espero.

TARSE.

¿Y si entretanto
viniese Amán?

MARDOQUEO.

Jamás yo le he negado
el honor que á tí doy, y doy á todos
los Sátrapas de Persia.

TARSE.

Amán pretende
de tí algo mas.

MARDOQUEO.

Pues lo pretende en vano.

TARSE.

¿Pero por qué con una inútil prueba
de tu austera virtud de nuevo quieres
su furor irritar? Yo te lo ruego,
de Amán evita el peligroso encuentro.

MARDOQUEO.

¿Que yo huya de Amán? Tarse, perdona;
aun no conoces bien á Mardoqueo.

TARSE.

Pero conozco á Amán; y tú pudieras
co-

conocerle tambien.

MARDOQUEO.

Sí : le conozco;
pero desprecio su furor. Iniquo!
cruelísimo Amán!

TARSE.

¿Que dices? mira
que hasta las piedras hablan de un palacio.

MARDOQUEO.

Dirán que Mardoqueo á Amán no teme.

TARSE.

¡Que obstinada virtud! (1).

ESCENA TERCERA.

MARDOQUEO.

Sobrado el ímpio
triunfó de mi dolor. Cese al fin, cese
de blasfemar del Dios de mi esperanza.
Sí : de la amarga pena que te aflige

(1) Tarse enfadado se sale por la puerta del palacio.

revienta, ó corazon, dentro del pecho:
pero un solo suspiro ante la cara
no me pidas de Amán: vea el tirano
que sus iras desprecio, y que no humilla
de muerte un vil temor á Mardoqueo.
¡Vanísimo mortal! ¿De mi pretende
que le adore qual Dios? No, no: primero
doblaré la cervíz ante un berdugo,
que la rodilla á Amán. Dios de mis padres,
Dios que dándolo todo, á nadie cedes
de tu gloria el honor; y á cuya vista
patentes son del corazon humano
los mas ocultos senos, tú bien sabes,
que por salvar mi Pueblo, yo besara
aun las pisadas que en el lodo imprimen
de este soberbio las inmundas plantas.
Pero temí, Señor, á él adorando,
á un infiel tributar la reverencia
á ti solo debida, único eterno
Dios, y Señor de todo el universo.
Mas por esto Israél, el Pueblo tuyo,
Gran Dios, va á perecer. Y tantas bocas
que

que fieles te confiesan, y te alaban
la inmunda mano tapará de un ímpio
que el nombre tuyo ignora, ó solamente
para ultrajarlo, alguna vez lo invoca? (1).
Amán viene. Constancia, Mardoqueo.

ESCENA QUARTA.

Empieza el son de los instrumentos militares del cuerpo de guardia del atrio, y en él comparecen los volantes, criados y pages que preceden á Amán. Mardoqueo con franqueza se encamina ácia la puerta; y ántes de llegar á ella se aparta á un lado dando lugar al acompañamiento de Amán; éste comparece al fin acompañado de Carsena y Tarse; y al pasar por en medio de los soldados, todos le doblan la rodilla rindiéndole las armas; pero al llegar donde está Mardoqueo da muestras de indignacion, notan-

(1) En el atrio suenan un tambor, á cuya llamada acuden soldados y se ordenan en dos filas fuera de la puerta.

do que solamente le hace una profunda, pero comedida reverencia con la cabeza, al uso oriental. Cesa el son de los instrumentos, lo soldados se desunen, Mardoqueo se sale al atrio, toda la comitiva de Amán se oculta dentro de la escena, sino dos pages que se quedan á la vista; pero algo retirados de Amán, Tarse y Carsena.

AMAN.

Soberbio, temerario, altivo Hebreo!
¿Lo viste ya, Carsena?

CARSENA.

Amán, lo he visto.
Perdona si dudé de que un cautivo
en Susa te negase el honor sumo,
que tributarte deben de Artaxerxes
todos los fieles siervos.

AMAN.

Sí perdono,
sabio Carsena, y aun tambien excuso

tu

tu terquedad. ¡Ah! (1) mira, tal ultrage
lo veo yo, y lo sufro cada dia
muchas veces, y apenas aun lo creo.
¿Y es posible que en Persia haya una frente
que ante Amán no se humille, y que haya en Susa
quien contraste mi honor, y quien no tema
mi absoluto poder?

CARSENA.

Mas tanta audacia
Tarse debiera reprimir.

TARSE.

Mil veces
acordé su deber á ese extrangero;
mas siempre fixo en su opinion responde,
que de su Dios las leyes le prohiben
adorar á un mortal.

AMAN.

En Palestina
obedezca á su Dios; pero en la Persia
de-

(1) Mirando con indignacion ácia el sitio donde estaba Mardoqueo.

debe adorar á Amán, y si no, tema
de Amán la indignacion.

CARSENA.

Sí, es insufrible
en un cautivo vil tanta arrogancia.

TARSE.

Cautivo sí, é infelíz llamarle puedes,
mas vil le llamas sin razon, Carsena.
La opulenta Sion Principe ilustre
le ha respetado; y del antiguo tronco
de su familia fué glorioso ramo
el Rey valiente, que empuñó primero
de la Judea el cetro.

AMAN.

Y cruelmente
á Amalec destruyó, mi infelíz patria,
dexando envuelta en sangre, en polvo, en humo,
y de estragos cubierta y de ruïnas.
Valiente Rey, que la impotente rabia
y el débil brazo contener no pudo
de un Profeta cruel, que ante las aras
de su Dios vengativo en mil pedazos

el

el cuerpo dividió del inocente
desventurado Agag: mas de mi abuelo
yo vengaré la muerte; y los elogios
Tarse omitir debiera en mi presencia
de un nieto de Saúl.

TARSE.

Pero callando
Tarse ofendiera á la verdad; y Tarse
en la animosa militar escuela
ha aprendido á escalar un alto muro,
una puerta á aterrar, una batalla
disponer y mandar, y por su patria
pelear y vencer; mas de un palacio
el fingimiento ignora, ignora el arte
vil de lisonjear.

CARSENA.

Mas á un rebelde
á las leyes de Persia, y la de Asuero
proteger no sabrás?

TARSE.

Yo no defiendo
la acaso ya demasiado austera

y rígida virtud de Mardoqueo;
pero él merece compasion: sus dioses,
sus leyes y costumbres cada pueblo
tiene y venera. Un Persa en Palestina
fuera ménos tenaz del patrio culto,
que del suyo lo es en nuestra tierra
ese infelíz cautivo: mas ¿ seria
mas laudable que él? en fin, Carsena,
ya es muy raro el valor, y yo lo estimo
donde lo encuentro. Amán, el Rey te espera (1)

ESCENA QUINTA.

Amán que con los ojos sigue por algun tiempo á Tarse en ademan de enojo, y de amenaza, y Carsena que le detiene.

AMAN.

De la moderacion que tú me inspiras,
el bello fruto he aquí. Falta el respeto
donde falta el temor. Mas yo de Tarse
sabré la audacia reprimir.

CAR-

(1) Parte Tarse.

CARSENA.

Reprime
ántes una ambicion tirana y rea
de mil crueles injusticias.

AMAN.

Dime,
si el querer dominar, y sobre todos
descollar y valer, fuera delito,
en la Corte del Rey, si no es Carsena,
¿inocente quien es? Ante las aras
de ese que llamas tú fantasma vano
de gloria y de ambicion, continuos votos
quien no presenta, y sempiterno incienso?
En fin, ó vana sea, ó verdadera
del honor la deidad, ella es el solo
Númen que Amán venera, y cuyo culto
debe celar; y tiemble quien le ofenda.

CARSENA.

Mas guárdate de contrastar con Tarse:
él no es en Persia un desvalido Hebreo:
del Rey goza el favor.

AMAN.

Y por lo mismo
es sospechoso á Amán, y su ruïna
necesaria. Del Rey en la presencia
si se atreve él á hablar de Mardoqueo,
como en la mia habló, de mis venganzas
puede el curso impedir.

CARSENA.

¿Y como puede
revocarse una ley que ha confirmado
del Rey la autoridad?

AMAN.

Carsena, mira
quanto de tí me fio: Asuero ignora
de esa ley el tenor.

CARSENA.

Mas yo firmada
con su sello la ví.

AMAN.

De Persia el sello
está en mi diestra; el Rey lo ha confiado
al arbitrio de Amán.

CARSENA.

¿Con que te cede
toda su autoridad?

AMAN.

¿Y como puede
sostener de un diadéma el grave peso
quien corrompido vive entre los dulces
cuidados de un serrallo? En esa augusta
cárcel dorada, en que un placer continuo
entre amorosos cepos aprisiona
á la suprema autoridad, que libre
coartára la nuestra: en ese centro
de las delicias todas, fastidiado
aun de su bella Ester, poco se cura
Asuero de reynar. El aureo cetro,
el brillante diadéma, el nombre vano
de Monarca él aun tiene, mas quien manda
á la Persia es Amán.

CARSENA.

¿Y en tanto colmo
de gloria y de poder echa Amán menos
el despreciable obsequio de un cautivo,

sin mas nombre ni honor, que el que le ha dado
el ser de Amán rival?

AMAN.

¡Ah! por curarla,
tu exâsperas mi herida: los tesoros
que Persia me tributa, el alto grado
de honor en que me ves, y finalmente
del Rey todo el favor en nada estimo,
quando inflexîble veo ante mi cara
á ese orgulloso Hebreo, ¿é impunemente
de doce lunas por el largo curso
el me podrá ultrajar?

CARSENA.

La fatal urna
y las divinas suertes para entónces
la muerte destinaron de su Pueblo.

AMAN.

¿Que urna fatal? ¿que suertes? ¿que destino?
vanos fantasmas, misteriosos nombres
que inventó la sagaz razon de estado,
para tiranizar con las cadenas
de la supersticion la mejor parte

del hombre, y que no puede la robusta
fuerza del hierro sujetar. La idea,
aunque falsa, de un Dios, ó de un destino
al nuestro superior, Carsena, sirve
á quien reyna de mucho.

CARSENA.

¿Aun con el cielo
tu vano orgullo, y ambicion soberbia
á contrastar se atreven? que destíno?
que suertes? y por que las consultaste?

AMAN.

Necio consejo fué; mas la ignorante
plebe supersticiosa en todo quiere
que se mezclen los cielos, y obedece
ciegamente á una ley cuya injusticia
á sus ojos encubre un respetoso
velo de religion.

CARSENA.

Amán, si en algo
estimas mi amistad, de sentimientos
muda, y lenguage: tolerar no puedo
tanta impiedad en quien me llama amigo.

¿Y puedes tú negar que nos gobierna
un celestial destino?

AMAN.

Por ahora
omite esa qüestion. Yo creo solo
que Mardoqueo me ofende, y que no debo
su audacia tolerar por tanto tiempo. (1)
Le ves, Carsena, allí? Vendrá á insultarme
el soberbio otra vez. ¡Ah! de su vista
huyamos: me persigue en todas partes
esta sombra enemiga al honor mio. (2)

ESCENA SEXTA.

Mardoqueo entra en el palacio en ademan doloroso y pensativo, y despues viene Abiud por la misma parte por donde se fueron Amán y Carsena.

CARSENA.

Atác con la respuesta de la Reyna
no

(1) Mardoqueo comparece en el atrio paseándose delante de la puerta.
(2) Parte Amán indignado, y le sigue Carsena.

no vuelve aún : no sé de su tardanza
qué esperar ó temer. ¿Mas yo de Edisa
desconfiar podré? Cielos! que veo!...
Santo Abiud, tu aquí? ¿Mas que te trae
fuera de tu costumbre á esta profana
peligrosa mansion?

ABIUD.

No me ha costado
leve fatiga el encontrarte en ella.
He preguntado á mil por tí, y ninguno
me quiso á tí guiar : al fin ahora
tropecé en dos Señores, por su trage
y la tropa servil que los seguia,
tales me parecieron, y uno de ellos
(si es que no me engañó el oido debil)
el nombre profirió de Mardoqueo.
Por tí le pregunté con respetosa
reverencia cortés : se paró airado,
por qué razon no sé; y atentamente
de la cabeza al pie despues de haberme
por una, dos y tres veces mirado;
me volvió las espaldas, su camino

 pro-

prosiguiendo sin dar otra respuesta
á mi humilde demanda.

MARDOQUEO.

Maravilla
no te cause.

ABIUD.

Lo sé; la cortesía
nació en las cortes, pero no se alberga
en las soberbias casas de los Reyes,
sino es en las del campo humildes chozas.

MARDOQUEO.

Y ese que tú encontraste era sin duda
nuestro enemigo Amán.

ABIUD.

Amán!

MARDOQUEO.

Sí, acaba
de ausentarse de aquí.

ABIUD.

Me lo decia
el corazon: al verle, un repentino
incógnito pavor toda la sangre

en las venas me heló. ¡Que fiero aspecto!
¡que mirada cruel! presencia digna
de un verdugo de Dios. Entiendo ahora
por qué te nombraria, y de su airado
silencio la razon. Dime... ¿hay peligro
de que alguno nos oiga?

MARDOQUEO.

Aquí no veo
uien nos pueda escuchar.

ABIUD.

Con todo tiemblo
los labios al abrir. En los palacios
oí decir que escuchan las paredes,
y que los techos hablan. Dime, á Asuero
se presentó la Reyna?

MARDOQUEO.

Aun no.

ABIUD.

¿A que aguarda?

MARDOQUEO.

Tiempo ha que envié de sus demoras
á indagar la razon; pero aun no ha vuelto

el mensagero fiel.

ABIUD.

Pues entretanto
con el vigor del cuerpo la esperánza
va faltando á Israél. Las tristes madres
desfallecer ya ven entre sus brazos
á los tiernos infantes, que no puede
con la abstinencia y largo llanto exâusto
su pecho alimentar. Las doloridas
vírgenes de Judá yacen por tierra
pálidas sin vigor, y no pudiendo
su pena mitigar ni aun con el llanto.
Despues de haber de nuestro Dios el nombre
sin cesar por tres dias invocado,
seca, y al seco paladar pegada
la lengua enmudeció de los Levitas.
Y no pudiendo ya los Sacerdotes
al cielo levantar sus flacos brazos,
mudos se abrazan con el duro suelo,
y en el polvo sus frentes estampando...

MARDOQUEO.

Abiud, no prosigas, si no quieres

ver-

verme morir de pena.

ABIUD.

¿Y que dirias
si oyeses los clamores sediciosos
de algunos que la causa á ti atribuyen
de tanto mal, y á murmurar empiezan
contra tí y contra mi, que los traemos
engañados con falsas esperanzas?

MARDOQUEO.

Ingrato Pueblo y necio! ¿á Mardoqueo
correspondes asi?.. Mas de la Reyna
vuelve ya el mnesagero, y su semblante
faustas nuevas me anuncia.

ESCENA SEPTIMA.

Mardoqueo, Abiud, y Atác que viene alegre y presuroso.

ATAC.

Mardoqueo...
creia hallarte solo.

MARDOQUEO.

De este anciano

ministro de mi Dios no temas nada:
debí fiarle el compasivo afecto
con que nos mira Ester.

ABIUD.

El cielo llueva
sobre su humano generoso pecho
mil bendiciones, y con larga mano
premie tanta piedad.

MARDOQUEO.

En fin ¿la Reyna
que resolvió?

ATAC.

No sé que poderosa
oculta fuerza tus palabras tienen
sobre el alma de Ester. Abandonada
en brazos de un dolor, de que ninguno
la causa pudo penetrar, tres dias
ha pasado y tres noches retirada
de todos, reusando aun el preciso
alimento y reposo, en nada alivio
hallando su afliccion sino en el llanto.

ABIUD.

Mas dime , buen gentil, así te alumbre
el cielo con su luz....

MARDOQUEO.

No le interrumpas : (1)
prosigue Atác.

ATAC.

Apenas de mi boca
oyó tu voluntad, en su semblante
pálido , desmayado y macilento,
empezó á relucir un claro rayo
de alegría y vigor : entre las negras
lúgubres tocas y el funesto polvo,
que cubrian su inculta cabellera,
su frente apareciendo como suele
dexarse ver entre las densas nubes
de una obstinada tempestad el arco,
que á los campos anuncia y á los hombres
paz y serenidad. Y así llamando
á su querida Beroe, en mi presencia

apres-

(1) Volviéndose con impaciencia ácia Abiud.

aprestar le mandó las ricas galas,
con que se adorna solo quando debe
á Asuero presentarse.

MARDOQUEO.

Atác ¿que dices?
con que Ester... ay de mí! Desventurado
Mardoqueo infelíz!

ABIUD.

Mas de este modo (1)
¿ahora que te augustia? Atác prosigue.

ATAC.

En fin con el nupcial purpureo manto
pomposa Ester, y entre otras mil brillant
joyas trayendo la imperial diadema,
que el mismo Asuero la ciñó en el dia
de su coronacion, Atác, me dixo,
lo que has visto refiere á Mardoqueo:
y luego que del trono Amán se aleje,
vuela el aviso á darme. Ingrata ahora
no llamarás á Ester.

MAR-

(1) Volviendose enojado contra Mardoqueo.

MARDOQUEO.

Atác, amigo,
ay! ten de mi piedad. Ya de su boca
lo has oido, Abiud. Dexadme ahora
solo aquí suspirar.

ATAC.

Mas yo no entiendo
de tu afan la razon. Con tantas ansias
no deseaste, que la Reyna fuese
á declarar vuestra inocencia á Asuero?
pues ya va á complacerte.

MARDOQUEO.

Mas va expuesta
de un Monarca al furor, y á los rigores
de una bárbara ley.

ATAC.

¿Y en tal peligro
á entrar quien la obligó?

MARDOQUEO.

Sí: un inhumano
fuí: lo sé, y un cruel. Ah! no. Ve, dila...
Mas donde te transporta, Mardoqueo,

una rea piedad?

ATAC.

La Reyna pronta
está siempre á tu voz; y si oportuno
juzgas el que difiera á mejor tiempo...

MARDOQUEO.

¿Y que ha de diferir?

ATAC.

El presentarse,
sin ser llamada, al Rey.

MARDOQUEO.

Del cielo un rayo
su diadema disuelva en polvo y humo,
si á sus promesas fuere infiel la Reyna.

ATAC.

¿Y quien te ha de entender? Pero entretanto
Amán puede salir. Tú, buen anciano,
sabrás mejor calmar de Mardoqueo
el interno tumulto: y si la Reyna
está á vuestro favor, contra vosotros
será de Amán qualquiera esfuerzo vano. (1)

(1) Parte Atác.

ESCENA ULTIMA.

Abiud, y Mardoqueo, que dando muestras de una extrema agitacion interna, se encamina ácia la puerta, y despues vuelve ácia donde está Abiud, apoyándose en la pared, y alzando los ojos al cielo.

ABIUD.

¡Inefable bondad, suma é infinita
de nuestro grande Dios! Aun en el colmo
de su enojo mayor jamás se olvida
de su misericordia. El á las puertas
nos lleva de la muerte, y de allí él mismo
á las sendas nos vuelve de la vida.
El nos hiere, y nos sana: y con la diestra,
que de justo furor antes armada
nos castigó, despues el llanto enjuga
de nuestros ojos, convirtiendo en gozo
nuestro luto y dolor. ¿Y quien pensara
que en medio de este Pueblo conjurado
todo contra nosotros, se hallaria
una muger piadosa en favor nuestro
tan empeñada? Pero tú suspiras,

Mar-

Mardoqueo; ¿y por qué?

MARDOQUEO.

É indiferente
quieres que el riesgo mire á que se expone
por salvarnos Ester? (1)

ABIUD.

¿Y de la Reyna
el peligro te aflige y turba tanto?
Llora sobre estas canas infelices,
que llenas de afliccion y de amargura
en breve llevaré de Abrahan al seno;
llora sobre Jacob, sobre las hijas
de la santa Sion vierte ese llanto,
que una infiel no merece.

MARDOQUEO.

¡Ah! si supieras
quien es Ester, infiel no la llamaras,
sino infelíz. Mas ya que hoy debe á todos
revelarse este arcano, de mi boca
Abiud lo sabrá. Mi hija Edisa

con

(1) Enjugándose los ojos.

con el nombre de Ester reyna en la Persia.

ABIUD.

Como ? que dices ? que? Reyna tu hija ?

MARDOQUEO.

No lo dudes.

ABIUD.

No dudo que deliras.

MARDOQUEO.

Mas quando Mardoqueo lo asegura,
debe Abiud creerlo.

ABIUD.

¿Y no la diste
por muger de tu Tribu á un rico Hebreo
fuera de Susa ?

MARDOQUEO.

Se esparció con arte
tal voz, para ocultar su verdadero
destino; pero Edisa en Susa vive
y es del Rey la consorte.

ABIUD.

Y tu á un inmundo
la uniste ?

MAR-

MARDOQUEO.

Hacerlo así me inspira el cielo;
por tal medio esperando al Pueblo mio
de esclavitud librar.

ABIUD.

¿Mas como pudo
una infelíz cautiva á gloria tanta
aspirar y subir?

MARDOQUEO.

La bastó el solo
medio de su belleza. Se buscaba
por las Provincias de este vasto imperio
una doncella, que aliviar pudiese
de su hermosura con el dulce encanto
la amarga soledad, y las tristezas
que en el pecho del Rey dexó la bella
repudiada Bastí. Juzgué que Edisa
á tan honrosa y contrastada palma
pudiese concurrir. Entre mil bellas
fué presentada á Asuero, y mas que todas
Edisa pareció graciosa y bella
á los ojos del Rey, que por consorte

y Reyna la eligió.

ABIUD.

Y Asuero tiene
por consorte á una Hebrea, y nos condena
cruelmente á morir?

MARDOQUEO.

Asuero ignora
la condicion de Edisa: yo la impuse
severa ley de mantener oculta
su patria y religion hasta que el cielo
nos mostrase el momento de poderlas
con fruto descubrir. Inutil fuera
el ocultarlas mas; y es peligroso
revelarlas á un Rey voluble, altivo,
celoso de su honor, pronto á irritarse,
y que en vez de moverse con los ruegos
de una esposa á piedad, de su silencio
puede ofenderse acaso.

ABIUD.

Pero Edisa
con su gracia y beldad se habrá ganado
de Asuero el corazon.

MARDOQUEO.

Ese fué el triunfo
de su reciente amor. Despues, ó sea
de la amorosa llama usado efecto,
ó malicia de Amán, ó culpa mia,
ó destino infelíz del Pueblo nuestro,
en el pecho del Rey se ha resfriado
aquel primer ardor.

ABIUD.

Ese es el fruto
de una ilícita union, y de un profano
nudo que el cielo no formó, y no debe
el cielo prosperar. Por medios tales
no se salva á Israél; y en vano buscas
nuestra felicidad con un delito.

MARDOQUEO.

Así lo llamas tú! pero si el Santo
Dios de Jacob no aprueba mis designios;
¿á una Hebrea infelíz de Persia al Trono
ensalzar para que? ¿De Edisa el padre
y la Nacion pudieron encubrirse
sin que á ocultarlos concurriese el cielo?

ABIUD.

Pero dime...

MARDOQUEO.

Despues mejor de todo
informarte podrás. Del Pueblo ahora
la esperanza á alentar vamos, y al suyo
unido nuestro llanto invocaremos
el Angel del Señor para que venga
á dirigir los pasos, y la lengua
á gobernar de Edisa.

ABIUD.

Ya te sigo. (1)

(1) Parte Mardoqueo, y Abiud en pos de él encogiendo los hombros.

ACTO SEGUNDO.

La Escena representa un pequeño gabinete de Ester, con un camapé al un lado, y al otro un tocador.

ESCENA PRIMERA.

Ester pomposamente vestida mirándose atentamente á un espejo que tiene en la mano, el qual despues arroja al suelo con indignacion.

ESTER.

¡Ah! que Edisa jamas el arte supo
de engañar y fingir; y en vano llama
al semblante un vigor de que carece
su enfermo corazon. ¿Esfuerzo y brio
que me aprovecha aparentar, si apenas
puedo en pie sostenerme? (1) El regio manto,
el diadema Imperial, todo el pomposo
fausto brillante que me adorna el cuerpo,
no bastan, no, á ocultar la interna pena
que

(1) Se sienta.

que me funesta el alma, y que á mis ojos
se asoma pertinaz. Ay! padre amado,
quanto, quanto me cuesta obedecerte!
Lo sé; te debo con la vida un Trono:
mas no nació para reynar Edisa;
y con el Trono el don te volvería
de una vida infelíz, ántes que verse
por ti obligada á merecer de Asuero
la justa indignacion. ¿Y como puedo
á sus airados ojos presentarme,
sin morir de temor? Mas que? (1) ¿yo misma
doy peso á las razones que enflaquecen
mi lánguida virtud? ¡Edisa ingrata!
¿Al fiel, y tierno amor de Mardoqueo
correspondes así? ¿te has olvidado
sobre el Trono de Persia, de la pronta
obediencia filial, con que escuchaste
siempre su voz, en los felices dias
de tu antigua humildad? (2) La vida, el Trono,

 de

(1) Se alza en pie.
(2) Despues de una breve suspension, prosigue con resolucion y viveza.

de un Monarca el amor, todo se arriesgue
por salvar á Israél. Dios de mi padre,
de sus labios pendiente yo mil veces
atónita escuché las maravillas,
con que á nuestros abuelos redimiste
de la Egypcia opresion. Del brazo tuyo
no se abrevió el poder; defiende ahora
tu heredad del horrible torbellino
que la va á desolar. Constancia dame,
confirma mi virtud ante la cara
de este feróz leon; está en tus manos
el destino de Edisa, y de tu Pueblo.
Beroe, Palmira.

ESCENA SEGUNDA.

Ester paseándose animosa, y Beroe y Palmira que vienen presurosas por diversas partes.

BEROE.

¿Que mandais?

ESTER.

Seguidme. (1)

PALMIRA.

Beroe, ¿y adonde va?

BEROE.

Desventurada

Reyna infelíz! corriendo va á la muerte. (2)

ESCENA TERCERA.

Sala de Audiencia con trono á un lado, y sobre el trono un cetro Real; y en el fondo una puerta que da vista á un jardin, de donde viene Asuero conversando con Tarse y Carsena.

ASUERO.

Carsena dice bien: y que aprovecha
leyes multiplicar? pocas ser deben,
pero sabias y justas las que enfrenan
la libertad de un Pueblo.

(1) Parte Ester.
(2) Parten las dos en pos de Ester.

CARSENA.

Mas conviene
su observancia celar, principalmente
en las personas, cuyo exemplo sirve
de norma á los demas. Si á un poderoso
violar ve la plebe impunemente
una ley soberana, á despreciarla
ella tambien se atreve, ó la aborrece
como un iniquo yugo, que no oprime
sino es á quien no puede sacudirlo.

ASUERO.

Y con la ley tambien odia y desprecia
á su legislador.

TARSE.

Señor, la Reyna
ácia aquí se encamina.

ASUERO.

Ester! ¿te engañas?

TARSE.

Viene con lento paso; pero en breve
presente al Rey será? (1)

ASUE-

(1) Asuero mira ácia la parte por donde viene Ester.

ASUERO.

Y Ester se atreve,
sin ser del Rey llamada, á la presencia
del Rey comparecer? (1) Un tal encuentro
mejor fuera evitar.

TARSE.

Pero quien sabe
lo que la obliga aquí á venir?

ASUERO.

Carsena,
y tú has enmudecido?

CARSENA.

Mal exemplo
á las Reynas de Persia dió la bella
y soberbia Bastí.

ASUERO.

¿Y Ester se atreve
á imitarla?

TARSE.

Será nuestra presencia
aquí importuna.

ASUE-

(1) Confuso, y dudoso.

ASUERO.

No, venid; (1) vereis
despedazado el vergonzoso yugo
que nos sujeta al femenil imperio.
Nuestra debilidad su dominante
orgullo aumenta : y hoy verá la Persia
lo que soy, lo que puedo, y que sus leyes
no desprecia una Reyna impunemente.

ESCENA QUARTA.

Asuero, que al comparecer á su vista Ester se alza en pie en ademan colérico, y feroz. Ester que viene apoyada sobre el brazo de Beroe, y seguida de Palmira que la sostiene lo que arrastra del manto Real; y advirtiendo el enojo del Rey se turba, y confunde. Carsena y Tarse al lado del trono, aquel en ademan severo, y este en acto compasivo.

ESTER.

Que semblante feróz! con que terribles
ojos

(1) Sube al trono, empuña el cetro, y se sienta
con

ojos me mira el Rey! Beroe, ay!..

BEROE.

Huyamos

de su vista primero que fulmine
la sentencia fatal.

ESTER.

Huir quisiera,

pero los flacos pies... aquí me aferra...
y me agrava el temor... Al fin se acabe
de penar, y morir. (1) Grande Artaxerxes,
á vuestros pies (2) Ester. Beroe, ay! yo muero. (3)

ASUERO.

Socorredla. (4) ¿Que estraño, que funesto
impensado accidente? Tarse, vuela;
ve, Carsena: traed para animarla
algun jugo vital. (5) ¡Bárbaro Asuero!

ES-

con ayre de autoridad.

(1) Desprendiendose con resolucion de los brazos de Beroe.

(2) De rodillas al pie del trono.

(3) Cae desmayada.

(4) Acuden Beroe, Palmira, Tarse y Carsena á levantar á Ester apoyándola sobre los brazos de Beroe y Palmira.

(5) Parten Tarse y Carsena.

ESCENA QUINTA.

Ester prosigue desmayada entre los brazos de Beroe y Palmira que la sostienen en ademan lloroso, y Asuero observa atentamente á Ester en acto de compasion y dolor.

BEROE.

Me lo decia el corazon!

ASUERO.

Moviera

los riscos á piedad! Y así ¿qué pudo

angustiarla?

PALMIRA.

Señor, la causa ignoro

de tan violento afan.

ASUERO.

Ester amada,

Ester, hermosa Ester...

ESTER.

¿Qué dulce acento (1)

del

(1) Abriendo los ojos, é incorporándose sin mirar á Asuero.

del tenebroso reyno de la muerte
me traxo al de la luz? Ay! que es Asuero. (1)

ASUERO.

Sí, bella Ester, no temas; soy tu esposo,
tu hermano soy; Ester... ¡ay! no responde.

BEROE.

Un helado sudor la inunda el pecho.

PALMIRA.

El corazon apenas se la siente
palpitar en el seno.

ASUERO.

¡Asuero ingrato!
¿Y tú podrás vivir, si Ester no vive?
Ester, (2) querida Ester... Cielos! que veo?
De mortal palidéz ya sus megillas
se empiezan á teñir. (3) Desapiadado!
inhumano! cruel! bárbaro Asuero!

ES-

(1) Viendo á Asuero cae otra vez desmayada.
(2) Tomándola de la mano.
(3) Besándola la mano la dexa caer sobre el seno de Ester, que no da señal de vida.

ESCENA SEXTA.

Ester prosigue sin dar señal de vida entre los brazos de sus doncellas. Asuero como transportado de un ímpetu de furor corre ácia diversas partes de la Escena, y se encuentra con Tarse y Carsena que vienen por diversas partes, trayendo uno una taza de oro en la mano, y otro un botecillo de plata.

TARSE.

Aquí Señor...

CARSENA.

La vida aquí...

ASUERO.

Dexadme
morir de pena: Ester ya no respira.
Y yo el verdugo fui, que de sus dias
el estambre corté. Mas que imprudencia
fué la vuestra? ¿Por qué no refrenasteis
mi indiscreto rigor? La vida, el trono
sin Ester aborrezco, y me es odiosa
del sol la luz... Por este inutil cetro
un puñal quien me dá? Tarse, esa daga,
pres-

presto entrega á tu Rey.

TARSE.

No debo ahora
á Asuero obedecer.

ASUERO.

Traidor! (1) Carsena,
apréstame un veneno.

CARSENA.

¿Y que remedia
el beberlo?

ASUERO.

Cruel! (2) Guardias.

TARSE.

Ninguno
aquí se atreva á entrar. (3)

ASUERO.

Que? temerario!

TAR-

(1) Mirando con indignacion á Tarse, y despues volviéndose á Carsena.

(2) Mirando á Carsena con enojo.

(3) Tarse entrega á Carsena el vaso que tiene en la mano, y Carsena con el suyo los da á Beroe y Palmira, ayudando el tambien á confortar á Ester.

TARSE.

De mi Rey el honor me obliga á serlo.

ASUERO.

Amán, ¡ah! ¿donde estás? Amán conmigo
mas piadoso seria... Un precipicio
mi vida acabará.

TARSE.

¿Y á donde ciego
te conduce el furor? (1)

ASUERO.

¿Y así se ultraja
la persona del Rey? Tarse, á lo menos
déxame de dolor morir al lado
de la infelíz Ester.

CARSENA.

Señor, la Reyna
respira aún; y á su semblante ha vuelto
de la vida el color.

ASUERO.

¡Ah! tú me engañas. (2)

Jus-

(1) Aferrando por la mano á Asuero.
(2) Desprendiéndose con violencia de Tarse va á Ester.

Justo Cielo! es verdad, amada esposa
Ester... Divina Ester... (1)

ESTER.

Ay! quantas veces
Ester debe morir! ¿ Que fria mano
me oprime el corazon?

ASUERO.

Ester querida,
No, no te afanes mas; vive, si quieres
que contigo tambien no muera Asuero.

ESTER.

Señor... (2) una infelíz... piedad implora...

ASUERO.

Piedad ten tú de mí.

ESTER.

Perdon te pide...

ASUERO.

De tí perdon, piadosa Ester, espera
un esposo cruel.

(1) Ester vuelve en sí; pero sin incorporarse.
(2) Incorporándose.

ESTER.

Yo he merecido
el enojo del Rey.

ASUERO.

Tú mereciste
siempre mi amor, hermosa Ester; no temas:
esa severa ley que obliga á todos,
no te obliga á tí, no. Prenda segura
de mi gracia recibe en este cetro
que depongo á tus pies. (1) Sí, Ester; recobra
el perdido vigor sobre este trono
que contigo divido; (2) y si le aceptas,
todo es tuyo.

ESTER.

Del trono no me curo,
si fuere el corazon de Asuero mio.

ASUERO.

¿Y de eso dudas? ¿De mi amor en prendas
te basta la mitad del Reyno mio?

ES-

(1) Ester respetosamente besa el cetro poniéndoselo despues sobre la cabeza, y alzándose en pie ayudada de Asuero.

(2) Dándole la mano para subirla al trono.

ESTER.

De la piedad del Rey esperar tanto
no debe una infelíz; pero otra gracia
pediré á mi Señor en mejor tiempo.

ASUERO.

¿Y ahora por qué no? Tarse, Carsena,
retiraos de aquí. (1)

ESTER.

¿Y en este estado
que podré hacer? Gran Dios, dame consejo.

ESCENA SEPTIMA.

Ester sentada, y perturbada sobre el trono, y Asuero al pie de él en ademan amoroso.

ASUERO.

En que riesgo, adorada Ester, me puso
tu peligroso afan; pues ya creyendo
muerta la luz de tus hermosos ojos,
odiosa la del sol era á los mios.
Y si de Tarse la piadosa mano

 no

(1) Todos se retiran, y Asuero los acompaña hasta que se ocultan dentro de la Escena.

no refrenara mi furor, tu Asuero
no respirara ya.

ESTER.

Lo sé; importuna
y no esperada vine aquí, el reposo
á turbar de mi Rey.

ASUERO.

Mejor me suena
en la boca de Ester de esposo el nombre
que el título de Rey. De tí yo exîjo,
mas que respeto, amor; y mal con este
acorda y une aquel. ¿Pero que pudo
de tal modo angustiarte?

ESTER.

Esposo amado,
yo vi tus ojos (de este modo Asuero
no me miró jamás), yo vi tus ojos
de vivo fuego despedir centellas.
Del Rey la cara un resplandor ceñía,
como el que suele de un celeste numen,
ó del sol en un dia terso y claro
la faz iluminar. Del cetro en cambio

una

una espada empuñabas que su punta
asestaba á mi pecho. Obscura niebla
saliendo de tus pies , del trono augusto
me enlutó el resplandor. Bramido , ó trueno
la voz me pareció con que tus labios
murmurando rugian de mi muerte
la sentencia cruel.

ASUERO.

Vanas ideas
que acaso en tu turbada fantasía
pintado habrá el temor. Pero en tal modo
al decoro de Ester no convenia
presentarse á un esposo.

ESTER.

Yo... impelida
de mil angustias y temores, vine
aquí sin libertad.

ASUERO.

De mil angustias!
y que temores de una esposa mia
pueden la paz turbar?

ESTER.

Cielos! ¿que he dicho? (1)

ASUERO.

Ester, ¿por qué te turbas?

ESTER.

Declararme
mas no puedo. (2) Señor...

ASUERO.

Mas tu silencio
puede, (3) y debe ofender á quien te ha dado
tantas pruebas de amor.

ESTER.

¿Y Asuero olvida
por tantos dias á quien ama tanto?

ASUERO.

¿Que dices? ¡yo olvidarte! (4) ¡Ah! razon tienes
para quejarte así. Mas no prosigas,
bella Ester, reprendiendo un inocente
involuntario olvido. O los cuidados

que

(1) Turbada y volviendo el rostro á otra parte.
(2) Se alza en pie y baxa del Trono.
(3) En tono grave y enojado.
(4) Pensativo y confuso.

que á la mente de un Rey hacen continua
corte enfadosa ; ó la atencion que exîge,
de quien juzga , sustenta y manda un Pueblo,
el empleo infelíz ; ó... no , no acierto
la causa á averiguar que me ha robado
por tan largo intervalo la memoria,
de tí no sé si diga , ó de mí mismo.

ESTER.

¿Con que en tu gracia estoy ?

ASUERO.

Con tal demanda
tú me injurias. Hermosa Ester , te adoro,
eres mi único amor , la sola llama
que arde en el pecho mio : y de esto en prueba
¿qual , di , te puedo dar ?

ESTER.

De Asuero en gracia
si está la humilde Ester , el Rey se digne
de honrarla hoy en su mesa.

ASUERO.

Tú me pides
un favor que redunda en favor mio.

De mis tesoros, de mi vasto Imperio
pídeme la mitad.

ESTER.

Pues tan benigno
se muestra Asuero con su humilde esclava,
los labios otra vez en la presencia
abriré de mi Rey. ¿ Amán pudiera
á tu lado venir ?

ASUERO.

No sé si exemplo
de eso habrá. (1) Pero á Ester nada se niega. (2)

ESTER.

El Cielo favorece mis designios.

ASUERO.

Arbona, avisa á Amán que pronto venga
la Reyna á complacer : Ester le quiere
hoy honrar en su mesa. (3) Tal fortuna
no se la espera Amán ; pero él es digno
de

(1) Suspenso.
(2) Apartándose de Ester, y haciendo señal de llamar á alguno, y viene Arbona.
(3) Hace señal á Arbona para que parta, y despues lleno de complacencia se vuelve á hablar con Ester.

de tu gracia tambien. ¡Quanto yo debo
á este Ministro fiel! Sobre sus hombros
cargarse quiso el peso insoportable
de un Imperio tan vasto, á mí cediendo
la augusta Magestad, la gloria, el fausto
y el placer de reynar. Quien á Amán honra
á mi me honra; y quien le ofende, ofende
la persona del Rey, y es enemigo
de mi felicidad.

ESTER.

Cielos! que escucho? (1)

ASUERO.

La envidia en vano contra Amán mil lazos
y calumnias urdió. Yo sé á quien honro,
y en quien mi confianza deposito.
Persia felíz! á quien la suerte cupo
de adorar en Amán. ¿Mas tú te turbas
y te angustias de nuevo? Así afanarte
ahora que pudo Ester?

ESTER.

Yo desfallezco.

Per-

(1) Para sí.

Permíteme, Señor, que lejos lleve
de aquí mi turbacion. Temo con ella
del grande Asuero, y de este augusto trono
el decoro ofender.

ASUERO.

¿Y en este estado
te puedo abandonar? Guardias (1), Carsena,
tú espera á Amán, y conducirle puedes
á la mesa de Ester. Síguenos, Tarse. (2)

ESCENA OCTAVA.

Carsena despues de haber estado por algun tiempo suspenso, y como fuera de sí.

Venturoso mortal! hasta la Reyna
en honrarle se empeña con tan grande
jamas visto favor. Y Aman en tanto
lleno de gloria, Aman (¿quien lo creyera?)
se reputa infelíz, porque le falta

la

(1) Viene Tarse y Carsena, y algo despues Beroe y Palmira.

(2) Por la parte del jardin se retira Asuero dando el brazo á Ester, que camina afanada, y volviendo el rostro ácia Beroe que la sigue con Tarse y Palmira.

la vana adoracion de ese extrangero.
¡Misera humanidad! el cielo en vano
te destina una suerte venturosa,
si contra sus decretos tú te obstinas
en vivir infelíz y descontenta.

ESCENA IX.

Aman que presuroso se encamina ácia el trono, y Carsena que le detiene en medio del camino.

CARSENA.

¿Y á donde ciego vas?

AMAN.

La Reyna.. Asuero...
Carsena, donde están?

CARSENA.

Ahora acaban
de ausentarse de aquí. Mas yo al banquete
te debo conducir.

AMAN.

Por un momento
déxame aquí calmar del alma mia

la extrema turbacion: Carsena, amigo
vengo fuera de mí.

CARSENA.

Me lo figuro,
de contento y placer

AMAN.

Mejor dirias
de rabia, de furor, y de despecho.

CARSENA.

Te entiendo ya: hablarás de Mardoqueo.

AMAN.

Sí; de ese horrible monstruo, cuya vista
todas las fuentes turba, y envenena
de mi felicidad. Alegre y vano
con la gracia de Ester ahora entraba
en el Real palacio, quando miro
á mi indigno rival, que comprimiendo
su iniqua barba con la diestra mano
y con los ojos en la tierra fixos
meditar parecia alguna negra
oculta trama contra mí. Adorado
de quantos en el atrio me esperaban,

á su lado pasé : pero el maligno
fingiendo de no verme, mas inmoble
y fixo se quedó que el duro mármol
sobre que se apoyaba.

CARSENA.

Acaso absorto
en su penoso afan no habrá advertido
que fuese Amán quien le pasaba al lado.

AMAN.

¿No advertirlo? Carsena mal conoces
al perverso caudillo de una raza
por su Dios, por su ley, por sus costumbres
y por su obstinacion, diversa en todo
de todas las familias de la tierra...
Pero no quiero de tan fausto dia
el curso funestar con la penosa
y triste reflexîon de los ultrages
que recibe mi honor de un vil Hebreo.
¿Con que la bella Ester hoy en su mesa
con el Rey me desea?

CARSENA.

¿Y quien no envidia

la fortuna de Amán?

AMAN.

¿Tarse que ha dicho?

CARSENA.

¿De Tarse que te importa? De la Reyna
has sabido el afan?

AMAN.

De todo Arbona
al venir me informó. ¿Mas que motivo
la pudo así angustiar?

CARSENA.

El fiero enojo
con que el Rey se mostró ofendido al verla
venir aquí, sin ser del Rey llamada.

AMAN.

Con que sin ser llamada, á la presencia
Ester vino del Rey?

CARSENA.

Pero bien caro
pagó su atrevimiento; como herida
de un improviso rayo, al pie del trono
semiviva cayó.

AMAN.

AMAN.

¿Y Asuero entonces?

CARSENA.

De furioso leon en un cordero
manso se transformó: y á Ester mil pruebas
dando de un ciego amor, al fin con ella
solo aquí se quedó. A breve rato
te mandaron llamar; yo ignoro el resto.

AMAN.

Para turbar la mal segura calma,
que empezó á serenar el pecho mio,
sobrado me dixiste. Ester no vino
sin grave causa aquí; ni se atreviera
una ley en la Persia tan sagrada
la Reyna á violar...

CARSENA.

¡Que ley sagrada!
¿quieres que Ester ignore el alto imperio,
que sobre el corazon de Asuero exerce
su beldad peregrina? ¿y que no sepa
que si mudas no están, gritan en vano
las leyes del rigor contra un delito

que ha de juzgar un ofendido amante?

AMAN.

Pero la turbacion de Ester declara
y prueba su temor.

CARSENA.

Del débil sexô
comun freqüente achaque.

AMAN.

Y poderosa
arma tambien en la maestra mano
de la muger, á quien naturaleza
negó del cuerpo la robusta y dura
fortaleza viril, mas dió un ingenio
pronto y fecundo de artificios.

CARSENA.

Como
lo es el de Amán para encontrar razones
de sospechar y de temer en todo.
¿Y en el auge en que estás, de quien tú puedes
temer en Persia?

AMAN.

De los Grandes temo

la envidia y el poder : y de la plebe,
(de quien le manda descontenta siempre)
temo el fácil furor. Los mismos vivas,
con que tal vez me aclama, me parecen
gritos de sedicion. Sobre la frente
de aquellos que me doblan las rodillas,
con el odio, y la rabia impresa leo
la desesperacion. En cada diestra
de aquellos que agravié, se me presenta
un sangriento puñal. En cada amigo
temo un traydor, y mas que todo ahora
temo el favor de Ester.

CARSENA.

Este es el fruto
de la insana ambicion, y del tirano
despótico poder, que yo mil veces
en vano reprendí. De nadie teme
quien á nadie ofendió: teme de todos
el que quiere de todos ser temido.
El favor de un Monarca, el alto grado
de poder en que estás podrá librarte
del rigor de las leyes de la tierra:

mas no del de una ley que está en el Cielo,
y está impresa en el fondo de tu alma.
¡Severa ley! que á tí contra tí mismo
te obliga á ser Juez recto, y ser verdugo
de su rigor, y á tolerar la pena
de un eterno cruel remordimiento:
solo en el recto obrar la paz se encuentra.

AMAN.

Aunque forzado y con rubor me obligas
á confesarlo al fin: llevar no puede
ni el mismo Amán de su soberbia el peso.
Y yo mismo á mis solas muchas veces
conozco, y aun reprendo los excesos
de mi ambicion cruel: y si yo viese
humillado á mis pies á Mardoqueo:
no, Carsena, no soy tan inhumano....

ESCENA X.

Atác y los dichos.

ATAC.

En la mesa de Ester el Rey ansioso
espera á Amán.

AMAN.

Carsena... Ven conmigo. (1)

ESCENA XI.

Atác pensativo, y despues Mardoqueo.

ATAC.

¿Y como podré yo de Mardoqueo
la impaciencia acallar? Pero él ya acaso
del éxîto infeliz de sus designios
sabidor, suspirando ácia aquí viene.

MARDCQUEO.

A Atác podia yo esperar.

ATAC.

Del lado
de la Reyna jamás se alejó Asuero
hasta ahora, que Ester conmigo pudo
sin testigos hablar. ¿Mas tú supiste
su mortal turbacion?

MARDOQUEO.

¿Quieres que ignore
lo que es público en Susa? ¡Ah! no eran vanos

(1) Parten ámbos por la parte del jardin.

mís temores, Atác.

ATAC.

¿Y que podia
en tal estado hacer?

MARDOQUEO.

Como ha podido
un favor en la Persia nunca usado
para Amán obtener, tambien podia
de mi inocente miserable Pueblo
la salud implorar.

ATAC.

Pues lo que entónces
executar no pudo, ahora promete
en el banquete hacer.

MARDOQUEO.

A que convida
al mortal enemigo de mi Pueblo.

ATAC.

Con tan raro favor acaso intenta
ganarse á Amán, sin cuyo influxo sabes
que aquí un pie no se mueve ni una mano.

MARDOQUEO.

¡Débil muger, y mal aconsejada!

ATAC.

Para desconfiar de Ester espera
del banquete hasta el fin. Mas yo en él debo
á Amán servir; de quanto en él ocurra
aviso pronto te daré en el atrio. (1)

ESCENA ULTIMA.

Mardoqueo, y despues Carsena.

MARDOQUEO.

¡Maldito el hombre que en el hombre fia!
y necio aquel que su esperanza funda
en femenil promesa.

CARSENA.

Aquí te traxo
tu buena suerte á tiempo. Alegres nuevas
yo te puedo anunciar.

MARDOQUEO.

¡Alegres nuevas!
¿De quien, y sobre que?

(1) Parte Atác.

CARSENA.

Sobre tu Pueblo
injustamente condenado á muerte;
pero no morirá: vuestra inocencia
protege el Cielo, y á mi patria libra
de tanto deshonor.

MARDOQUEO.

¿ Pero á que mano
deberá su salud el Pueblo mio?

CARSENA.

Debeis la vida á Amán.

MARDOQUEO.

¡A Amán! ¿te burlas
de un infelíz, Carsena?

CARSENA.

Aunque extrangero
y peregrino en Persia, saber puedes
que de engañarte es incapaz Carsena.
No lo dudes; Amán está resuelto
y pronto á revocar la ley tirana,
que á morir os condena.

MARDOQUEO.

Y mas penosa
me fuera á mí una vida que la muerte
si fuese don de tan iniqua mano.

CARSENA.

Despues de tantos años que respira
el ayre de la Persia Mardoqueo,
depuesto haber debiera el patrio orgullo
y la nativa natural fiereza.
¿Y entre vosotros por virtud se estima
una ira implacable, un odio eterno
y un inmortal rencor, que os hace odiosa
aun la piedad de quien os fué enemigo?

MARDOQUEO.

De la piedad de Amán se fia acaso
menos Carsena aún, que Mardoqueo.
¡Alma engañosa, y engañada! ¿Piensa
seducirme el soberbio?

CARSENA.

¿Mas que fruto
puede esperar de una ficcion?

MARDOQUEO.

¿Quien puede
comprehender del malvado los designios?
Los caminos del ímpio son tinieblas:
y la incauta inocencia en ellos suele
resbalar, y caer.

CARSENA.

Pero si ahora
acaba de rogarme, que su pronta
voluntad te declare.

MARDOQUEO.

O á ti te engaña,
ó se quiere burlar de Mardoqueo.
Si no, dime, ¿en Amán de donde nace
tan repentina mutacion?

CARSENA.

Carsena
supo tanto decirle en favor vuestro,
que al fin ha dado á la razon oidos.

MARDOQUEO.

Solo mi Dios, que blando aceyte saca
del duro pedernal, mudar podria

de Amán el corazon.

CARSENA.

Sí, no lo dudes;
ó tu Dios ó Carsena le han mudado.
Solo de tí una cosa Amán pretende.

MARDOQUEO.

Su esclavo seré yo; toda mi sangre
por él derramaré: de plata y oro
su sed sabré apagar.

CARSENA.

Ni oro, ni plata,
ni sangre quiere Amán.

MARDOQUEO.

¿Persiste acaso
en que le adore?

CARSENA.

No.

MARDOQUEO.

Pues pronto á todo
lo demas me hallará. ¿De mí que quiere?

CARSENA.

Que quando él entra ó sale del palacio

á

á sus ojos te escondas ; ó á lo menos:::

MARDOQUEO.

Carsena, (1) á Dios. (2)

CARSENA.

Que orgullo intolerable ! (3)

ACTO TERCERO.

Plaza del Palacio Real iluminada con faroles y en el fondo la puerta principal del dicho Palacio.

ESCENA PRIMERA.

Mardoqueo alzando los ojos al Cielo, y Abiud fixándolos en la tierra, y ambos á dos en acto de suspension, y dolor.

ABIUD.

En suma : con que Edisa descubrirse
al Rey no ha osado. ¿Y como excusa ahora
su indigna timidéz ?

MAR-

(1) Mirando á Carsena con semblante enojado.
(2) Mardoqueo parte sin descomponerse.
(3) Carsena se retira por la parte del jardin dando muestras de enfado, é indignacion.

MARDOQUEO.

A Atác ha dicho
que el Rey en el banquete tan propenso
ácia Amán se mostró, que vana empresa
ella creyó y aun peligrosa entónces
el descubrir nuestra inocencia á Asuero.
Mas que lo hará mañana; pues mañana
el Rey tambien le prometió á su mesa
con Amán asistir.

ABIUD.

Lo hará mañana.
¿Y tú la crees?

MARDOQUEO.

De engañarme á Edisa
yo no juzgo capáz.

ABIUD.

Porque el paterno
amor te engaña; y conocer te impide
que no debes de ella esperar nada.
Quando te oí contar la repugnancia
que al principio mostró de declararse
á un Monarca, que al fin tantas le ha dado

prue-

pruebas de un tierno amor; quando yo supe
que ella de obedecerte se excusaba
con una ley, cuyo rigor no debe
á una esposa asustar; quando ahora veo
que dilató hasta hoy el descubrirse,
y que hoy lo difiere hasta mañana;
á su padre podrá engañar Edisa,
pero á Abiud tu hija no, no engaña.

MARDOQUEO.

Sus dilaciones ¡ah! lo sabe el cielo
quanta pena me dan; pero merece
Edisa compasion. Baxo de pobre
techo inocente, en humildad criada,
muger tímida y tierna, é inexperta
en los negocios de una Corte, debe
pisar miedosa y lenta los sangrientos
y obscuros laberintos de un Palacio.
Y yo creo que son nuestros delitos,
aun mas que su temor, los que la boca
de Edisa cierran, y el feliz momento
de nuestra dulce libertad retardan.

ABIUD.

La iniquidad, lo sé, sobre nosotros
siempre ha traido esclavitud, cadenas,
muerte y desolacion. Pero en el dia
en que el rebelde Pueblo, arrepentido
de su infidelidad, ante la cara
se humilló de su Dios, con fuerte brazo
su Dios lo redimió de la tirana
gentílica opresion: y si al presente
merecieran perdon nuestros delitos,
el sacrificio de humildad y llanto
que le ofreció Israél en estos dias,
ablandado debiera haber ya al cielo,
aunque de bronce fuese.

MARDOQUEO.

¿Y tú pretendes
límites prescribir, y fixar tiempo
á la piedad de un Dios, que al Pueblo suyo
jamas abandonó? Di, que no basta
de nuestros ojos el humor ya exhausto,
para expiar del delinqüente Pueblo
la iniqua ingratitud; y quiere acaso

san-

sangre el cielo.

ABIUD.

Sí; el cielo sangre quiere;
de la nuestra verá correr torrentes
en el dia cruel de las venganzas
y del furor de Amán. ¡Ah! nunca hubieras
puesto los pies en este umbral profano.
¡Techos de iniquidad! ¿Y no te causa
horror vivir de tanto infiel al lado?
Mardoqueo, abandona esta perversa
mansion, y ven en medio de tu Pueblo
inocente á morir.

MARDOQUEO.

¿Y en tal conflicto
á Edisa debo abandonar?

ABIUD.

A Edisa
no nombres, si no quieres que maldiga
al sol infausto, que de Persia al trono
la vió subir.

MARDOQUEO.

Infausto! maldecirlo!
Abiud,

Abiud, ¿y por que?

ABIUD.

De un Pueblo santo
Hija indigna! ¿Y dormir tranquila puede
sobre el inmundo abominable lecho,
y entre los brazos de un infiel, gimiendo
sus hermanos debaxo del pesado
yugo de Amán? ¡Cruel! perfida! ingrata
aun á su padre mismo!

MARDOQUEO.

Tú la injurias
sin razon, Abiud.

ABIUD.

E injustamente
defiendes tú á una infiel á las promesas
que á tí te hizo, y que nos trae á todos
engañados con falsas esperanzas.

MARDOQUEO.

Si de ella desconfias, á lo menos
no desesperes del favor del cielo.

ABIUD.

¿Del cielo? el cielo ya nos abandona

á la rabia de Amán: (1) y me parece
ver ya á Israél como una grey inerme
que de hambrientos leones asaltada,
sin guia y sin pastor, incierta corre
del llano al monte, y de la selva al prado,
de la sangrienta huyendo aguda garra
que la sigue, y á cada paso dexa
muerto un cordero de su madre al lado.
Que horrible, ¡ay! que cruel carnicería
se presenta á mis ojos! (2) Los robustos
y fuertes de Jacob son las primeras
víctimas del furor y de la espada
de los hijos de Persia. A edad, á sexô
¡ay! no perdonan ya. Mugeres, hombres,
niños y ancianos del alfange corvo
caen al golpe; y qual rozada selva
confusamente amontonados yacen

ago-

(1) Empieza ya á hablar como transportado y fuera de sí.

(2) Con semblante temeroso y en ademan de inspirado: entretanto Mardoqueo contemplándolo, al principio con indignacion y enojo, y despues asustado y atónito, ó compasivo, segun requiera la imágen ó pintura que exprime Abiud.

agonizando: y el Persiano suelo
de santa sangre de Jacob se alaga.
¡Espectáculo atroz, ímpio é inhumano!
Pasados de un puñal, á un tiempo miro
el blanco pecho de una tierna madre,
y el tierno infante que estrechaba al pecho
¡Dichosas las que nunca concibieron!
Pero infelices ¡ay! ¿donde os arrastran,
vírgenes de Judá? Será la muerte
de vuestros daños el menor. La mitra
y el venerando Racional ludibrio
son de las gentes! ¡Ay de mí! ¿que veo?
Sobre las fauces de un ungido anciano
la planta de un infiel que enfurecido
le rompe el sacro Efod, le rasga el pecho,
le arranca el corazon, y palpitante
pasto lo arroja á los voraces perros.
¡Oh! la profanacion! el Testamento
santo de nuestro Dios entre las manos
sacrílegas de un ímpio, que riyendo
lo arroja en mil pedazos contra el cielo. (1)

(1) Cubriéndose los ojos con las manos, y ha- cien-

Llora, llora, Cedron! Gemid pastores!
el dia ya llegó de las venganzas
del Dios de Sabaot.

MARDOQUEO.

Y tú prosigue
con tu desconfianza mereciendo
su indignacion. ¿Y Aman puede hacer vanas
las promesas de un Dios?..

ABIUD.

Que ha repudiado
para siempre á Israel; que á nuestros ruegos
sordo se muestra; y tolerar no puede
el hedor de un incienso tantas veces
á impuros simulacros ofrecido.
De un Dios que nuestros sábados detesta,
y mira con horror y con enojo
nuestras ofrendas, y su vista aparta
de nuestros sacrificios con desprecio.
De aquel Dios que cesar hizo en su templo
(asilo ya de buytres y dragones)
la voz del himno, el son de las trompetas.

Las

Las víctimas de paz ; y nuestras harpas
mudas y sin honor colgadas mira
en los amargos sauces de los rios
que á la impudíca Babilonia lavan:
inexôrable oyendo el triste acento
con que le invoca al son de sus cadenas
el cautivo Jacob. De un Dios airado
estas son las promesas, Mardoqueo.

MARDOQUEO.

¿Ni aun tú temes á Dios? Aquí á mi vista
pretendes que se abra, y te devore
el profundo inflamado horrendo abismo
que se tragó á Abirón? ¡Infausto Pueblo!
¡infelíz Israel! Si á tus pastores
asusta la impiedad; de tu segura
y pronta redencion aun Mardoqueo
empieza ya á temer. (1) ¿Estás contento?

ABIUD.

No desesperes, no: remedio á todo
pondrá la bella Edisa. Impura! inmunda
hija de Benjamin! Oprobio, afenta

(1) Volviéndose lleno de ira contra Abiud.

de la santa Nacion! Ira del cielo! (1)

ESCENA SEGUNDA.

Mardoqueo teniendo fixos los ojos ácia la parte por donde se retiró Abiud, y despues alzándolos con los brazos al cielo.

MARDOQUEO.

¡Y contra mí crueles aun los hijos
se vuelven de mi madre! ¿Y hasta quando
Señor, permitirás, que de mi pena
insultando las gentes me pregunten,
adonde está tu Dios? Hemos pecado:
y de nuestra malicia el peso excede
al peso imponderable de la arena
del espacioso mar. El Pueblo tuyo
las rodillas dobló quemando incienso
delante de los mudos simulacros,
que ni oyen, ni ven. Pero desarme
tu justa indignacion la fé incorrupta
de Abram, de Isac, y de Jacob. Perdona,
Señor, perdona tu rebelde Pueblo.

Y

(1) Parte Abiud dando muestras de horror, y despecho.

Y si su iniquidad con sangre debe
expiarse, gran Dios, baste la mia
para aplacar tu enojo. ¿En que pecaron
los inocentes niños, cuya pura
y tierna lengua aun balbuciente empieza
ya tu nombre á invocar? ¿Y contra un risco
yo estrellar te veré, dulce esperanza,
en otro tiempo, de Jacob? y ahora
triste amarga ocasion del llanto mio.

ESCENA TERCERA.

Mardoqueo dando señas de una extrema afliccion y dolor, impetuosamente se arroja sobre uno de los poyos que están al lado de la puerta del palacio, cubriéndose el rostro con una punta del manto, y volviéndose ácia la pared para ocultar su llanto. Salen del palacio Amán y Tarse precedidos de criados y pages con torchas encendidas que se ocultan dentro de la escena, quedando solamente dos á la vista, pero retirados de Amán y de Tarse.

AMAN.

Sí, negarlo no puedo: el caudaloso
torrente de placer que en esta noche
me inunda el corazon, caber no puede
dentro del pecho, y debe en mi semblante
mi gozo rebosar. Testigo fuiste
de los favores con que Ester, y Asuero
hoy quisieron honrarme, é igual fortuna
me destinan tambien para mañana.

TARSE.

Si ahora dixese Amán que Tarse envidia
su venturosa suerte, Amán diría
acaso la verdad. Mas darme el nombre
de envidioso rival, llamarme altivo
de Asuero en la presencia, son injurias
que Tarse no perdona, y que está pronta
á desmentir la lengua de esta espada.

AMAN.

De mi ambicion pasada los excesos,
amigo Tarse, olvida; de mí puedes
quejarte y con razon. Mas la vergüenza,
con que perdon te pido, serte debe

una segura indubitable prueba
de que Amán no es ya Amán.

TARSE.

Este es un triunfo
de la gracia de Ester!

AMAN.

Mejor dirias
de los buenos consejos de Carsena. (1)

TARSE.

Finge el cobarde: pero Tarse en breve
descubrirá su astucia.

AMAN.

Temerario! (2)

TARSE.

Amán, ya que la suerte tan propicia
hoy se ha mostrado á tu favor...

AMAN.

Te engañas! (3)

(1) Amán se vuelve ácia la puerta y observa á Mardoqueo que en la misma situacion de arriba se vuelve del otro lado.
(2) Para sí, y volviendo otra vez á mirar á Mardoqueo; pero reservándose de Tarse.
(3) En tono airado y furioso.

De una cruel, perversa, é injusta suerte
hoy el ludibrio soy; soy el oprobio
de los hombres, y el odio de mí mismo.

TARSE.

¿El excesivo gozo te ha turbado
acaso la razon?

AMAN.

Déxame, Tarse,
déxame en compañía de mi rabia
y desesperacion.

TARSE.

¿Y aquel torrente
de gozo y de placer?

AMAN.

Se ha convertido
en un mar de amargura y de despecho.
Déxame solo aquí, con esta daga
vindicaré mi honor, y de las suertes
afrentaré el destino. ¡Temerario!
¿ni aun siquiera moverse de su asiento?
Tarse, si no me vengo, aquí á tu vista
de rabia moriré. Ya de mis ojos

la luz se empaña. (1)

TARSE.

Amán, ¿mas que? deliras?

AMAN.

Si Amán delira, lo sabrás mañana. (2)

ESCENA QUARTA.

Mardoqueo en la misma situacion de la escena precedente, y Tarse siguiendo con los ojos á Amán en acto de maravillado y confuso.

TARSE.

Así tambien el mar tempestuoso
repentina tal vez calma recobra,
prenuncio cierto de mayor borrasca.
¿Mas de la paz de Amán aquí qué pudo
el curso interrumpir? (3)

MARDOQUEO.

¡Amán tirano! (4)

TAR-

(1) Apoyándose en Tarse que le sostiene por la mano.
(2) Desprendiéndose de Tarse y partiendo enfurecido.
(3) Mirando ácia donde está Mardoqueo.
(4) Descubriendose el rostro.

TARSE.

¿Mardoqueo allí está? comprendo ahora
la turbacion de Amán de qué provino.

MARDOQUEO.

¡Cruelísimo Amán! (1) Tarse, perdona,
si absorto yo en el mar de mis cuidados
no advertí tu presencia.

TARSE.

¿Y que no has visto
tampoco á Amán?

MARDOQUEO.

Yo! quando?

TARSE.

¿De él ahora
no te quejabas?

MARDOQUEO.

Su enemiga imágen
de mi vista jamas, Tarse, se aparta;
y aun en el mas remoto y tenebroso
ángulo oculto en que esconder quisiera
mi

(1) Alzándose en pie, y viniendo respetoso ácia Tarse.

mi dolor á sus ojos, me persigue
de Amán la sombra, y me parece el eco
de su voz escuchar.

TARSE.

La que ahora oiste
era la voz de Amán que aquí conmigo
hablando se detuvo.

MARDOQUEO.

¿Y me habrá visto
en tal estado Amán?

TARSE.

Pluguiese al cielo
que visto no te hubiese.

MARDOQUEO.

¡Este faltaba
insufrible dolor al dolor mio! (1)

TARSE.

Y no solo te vió: mas en su rostro
escrita ya llevando de tu muerte
la sentencia cruel, de aquí ha partido.
Seguro en Susa ya no estás; al tiempo

(1) Irritado contra sí mismo.

y á la violencia cede Mardoqueo.
Pronto auxîlio y favor la amiga mano
de Tarse te dará.

MARDOQUEO.

¿Que á un enemigo
de mi Dios ceda el campo! En vano Tarse
lo pretendes de mí.

TARSE.

Pues en la Persia
lo puede todo Amán.

MARDOQUEO.

Mas sobre el suyo
hay en el alto cielo un mas excelso
y mas justo poder.

TARSE.

Que la inocencia
permite así oprimir.

MARDOQUEO.

Y vengar sabe
la oprimida inocencia.

TARSE.

Tarde viene

el

el castigo despues que la injusticia
triunfó de la virtud.

MARDOQUEO.

No llega tarde
una venganza, que terrible y cierta
al fin ha de venir.

TARSE.

Mejor seria
que previniese el mal.

MARDOQUEO.

¿Y que es el hombre
para juzgar la providencia eterna?

TARSE.

Pero la iniqua Corte en que tú vives,
Tarse comprende bien. Yo te lo ruego
por la última vez: huye de Susa,
Mardoqueo infelíz.

MARDOQUEO.

Amán me apreste
la muerte mas cruel y mas infame;
mi cuerpo en mil pedazos dividido
de pasto sirva á las rapaces aves;

de-

delante de mis ojos uno á uno
los infantes deguellen de mi Pueblo;
del firmamento las columnas tiemblen;
de sangre el sol se tiña y de humo negro;
tempestuoso el ayre mil ardientes
saetas vibre contra el pecho mio;
se estremezca la tierra, el hondo abismo
se abra baxo de mí, se arruine el cielo;
inmoble aquí del cielo las ruinas,
Tarse, me oprimirán: desventurado
infelíz, es verdad; pero inocente;
fiel á mi Dios, y al ímpio Amán terrible. (1)

TARSE.

¡Que constante valor! No, tales almas
el cielo de la Persia no produce. (2)

ESCENA QUINTA.

Gabinete de Ester con varias correspondencias, y una de ellas da vista á una fuga de ca-

(1) Mesuradamente se retira ácia el poyo en donde estaba antes, y en él se sienta dando señas de tranquilidad y fortaleza.

(2) Tarse se retira entrando en el Palacio.

cameras en el fondo de la escena; á un lado de ella un camapé, y enfrente de él una mesa con dos velas encendidas. Palmira viene por el fondo de la escena trayendo en las manos la diadema, y algunas otras joyas y adornos de Ester, las quales pone sobre la mesa, y se sienta cansada sobre el camapé. Despues comparece Beroe doblando el manto Real, el qual coloca tambien sobre la mesa.

PALMIRA.

¡Que extravagante humor! De negro luto
se cubrió por tres dias: hoy de gala
vestirse quiso; y reusando ahora
el nocturno reposo, al llanto vuelve
y al funesto sayal. Beroe, la Reyna
ó perdió la razon...

BEROE.

Calla, que viene
sollozando ácia aquí.

PALMIRA.

Si me habrá oido? (1)

ESCENA SEXTA.

Ester viene por el fondo de la Escena, vestida de luto, prendido el cabello, pero sin ningun otro adorno en la cabeza, y enjugándose los ojos con un velo blanco; y alzándolos despues al cielo y dando un grande suspiro pausadamente, se viene acercando ácia el teatro, y al pasar al lado de la mesa en donde están sus joyas, las mira con indignacion, y desprecio. Al fin se sienta sobre el camapé dando otro suspiro y encarándose con Beroe, y Palmira, que respetosas se han retirado ácia el fondo de la Escena.

ESTER.

Retiraos de aqui. (2) Despojos vanos!

de

(1) Alzándose temerosa del camapé.
(2) Parten Palmira y Beroe; y Ester por algun breve tiempo se mantiene sin hablar fixando los ojos en sus joyas.

de un caro honor, y de una falsa gloria
que abomino y detesto. Humilde y pobre
casa de Mardoqueo ¿quando, ay! quando
te volveré yo á ver? Allí, en tranquila
no interrumpida paz, cortas las noches
me parecian, y un ligero vuelo
la carrera del sol, siempre ocupada
en alegre tarea, ó en inocente
ocio y placer, cantando santos himnos
con las cautivas hijas de mi Pueblo.
Pero desde que el pie yo puse en esta (1)
mansion abominable, un solo instante
no gocé de placer. Terribles sueños
funestan, ó interrumpen mi dificil
triste reposo; y con horror me obligan
de un inmundo y profano incircunciso
el lecho á abandonar, ántes que venga
del sol la luz, y con sus puros rayos
á mis ojos descubra mi ignominia.
De mil peligros y temores siempre

(1) Alzándose en pie, y pisando con indignacion el suelo.

cercada aquí viví. Baxo estos techos
quanta traycion se anida, y quanta fraude
é injusticia cruel! Pobre é inocente
casa del padre mio: ¿quando, ay! quando
te volveré yo á ver? Con quanto gusto
tus paredes besára! Y viendo en ellas
con la ley de mi Dios el nombre escrito
de la triste Sion, fuera mi llanto
mas justo y menos crudo. (1) Aquí á mis ojos
no se presentan mas que detestables
semejanzas del vicio. Edisa infausta!
Mardoqueo cruel! vuelve tu hija
á su antigua humildad. (2) Faltaba solo
á mi inmensa afliccion la amarga pena
de saber que mi padre injustamente
de mi se queja, y casi desconfia
de mi fidelidad. Al fin mañana
saldré de tanto afan, aunque me cueste
de congoja á los pies morir de Asuero.
Beroe... Palmira...

ES-

(1) Hace alguna breve pausa enjugándose las lágrimas.
(2) Se sienta afanada.

ESCENA SEPTIMA.

Ester apoyando la cabeza sobre la mano siniestra, y poniendo la diestra sobre el corazon. Beroe que viene presurosa, y Palmira limpiándose las lágrimas.

BEROE.

¿A Beroe Ester que manda?

ESTER.

Idos á reposar.

PALMIRA.

Pronta obedezco. (1)

ESTER.

Ah! que penosa noche á mí me espera!
¡Quando vendrá la luz! ¿Y tú que aguardas?

BEROE.

Señora, y debo yo dexarte sola
en brazos de un dolor que temo acabe
en breve con tu vida y con la mia? (2)

(1) Parte Palmira, y Beroe se retira algo de Ester, apoyándose en la pared, en ademan compasivo.
(2) Sollozando.

ESTER.

Amada Beroe, tu piadoso llanto
agrava mi dolor.

BEROE.

Pero á lo menos
saber pudiera yo de pena tanta
la escondida ocasion.

ESTER.

Si alguna parte
de su penoso afan Ester pudiera
depositar en tu amoroso pecho,
mas tolerable fuera y menos cruda
la pena mia: pero á mí aun se niega
este débil consuelo; y debo sola
de mi inmensa afliccion llevar el peso.

BEROE.

Reyna adorada...

ESTER.

No: (1) de Reyna el nombre
no me vuelvas á dar. Llámame hermana,
infelíz llámame; pues no conviene

otro

(1) Alzándose en pie con ímpetu é indignada,

otro título á Ester. Ah! si supieras...
Pero mañana lo sabrás; y acaso
verás venderme como vil esclava
á un tirano cruel, que de mi sangre
sediento vive.

BEROE.

¡Que vender! que esclava!
que tirano! que sangre! y que delirios
te funestan la mente? Que lo diga
permíteme, Señora; de reposo
y alimento la falta, con el cuerpo
te enfermó la razon.

ESCENA OCTAVA.

Ester, Beroe, y Palmira que viene alterada.

PALMIRA.

Atác pretende
aquí por fuerza entrar, contra el expreso
mandato de la Reyna.

ESTER.

¿Y á estas horas
Atác de mi que quiere?

PALMIRA.

Inútil fuera
preguntárselo yo. ¿Quien de su boca
supo nada jamás? Pero su rostro
turbado me parece; y tan confuso
á Atác yo nunca ví.

ESTER.

¿Por que te angustias,
tímido corazon? ¿venirte puede
sobre las que te oprimen una nueva
pena mayor? (1) Decid á Atác que venga. (2)

ESCENA IX.

Ester saliendo al encuentro de Atác.

ATAC.

Señora, Mardoqueo... Mas que nueva
yo le vengo á anunciar? (3) Ester benigna,
perdon Atác te pide. Aquí me traxo
imprudente piedad; atras el paso
volver permíteme.

ES-

(1) Afanada y confusa.
(2) Parten Beroe y Palmira.
(3) Confuso y queriendo volverse atras.

ESTER.

Cruel! acaba
de despenarme al fin. ¿De Mardoqueo
que empezaste á decir?

ATAC.

Que Ester lo ignore
será mejor.

ESTER.

No, no: saberlo quiero.

ATAC.

Mas si lo sabes, morirás de pena.

ESTER.

Menos réplicas digo.

ATAC.

De mi boca
no lo sabrá la Reyna.

ESTER.

Temerario! (1)
Ester te manda hablar.

ATAC.

Mas yo...

(1) Airada y con tono imperioso.

ESTER.

Y resistes
de la Reyna el mandato? Habla.

ATAC.

Obedezco.
De Amán en el palacio se prepara
una eminente cruz, en la que debe
Mardoqueo espirar luego que pueda
del nuevo sol la luz patente á Susa
hacer su muerte y su ignominia extrema.

ESTER.

¿En un infame leño? (1) Atác, en vano
no me hagas delirar.

ATAC.

Pluguiese al cielo
que me engañase yo; mas no se engaña
Atác, ni quien á Atác ha revelado
el designio cruel. De Amán un siervo,
cuya fidelidad á precio caro
tengo comprada, el fiel y pronto aviso
á traerme corrió.

(1) Atónita, y despues indignada.

ESTER.

¿Mas no pudiera
ese siervo engañarse?

ATAC.

¡Que engañarse!
Si en la casa de Amán patente á todos
es ya su horrible intento, y ya se eleva
el infame cadahalso, presidiendo
á su fábrica Amán.

ESTER.

¿Y que motivo
determinarlo pudo á tan violenta
cruel resolucion?

ATAC.

De Ester ufano
con el nuevo favor Amán salia
del palacio Real, quando á sus puertas
sentado reposaba Mardoqueo;
que atento solo á su dolor, inmoble
se mantuvo ante Amán. Este, furioso
corrió á su casa, y á la inmensa turba
de aduladores que le espera, y quiere

con

con el congratularse por el nuevo
recibido favor, la causa expone
de su rabioso enojo: Zares, digna
de Amán consorte, y que el marido acaso
mas altiva y cruel, de Mardoqueo
acrimina el error; y en fin con Zares
los amigos de Amán concordes todos
pronuncian de un castigo tan infame
la sentencia cruel.

ESTER.

¿Pero el asenso
la autorizó del Rey?

ATAC.

Eso retarda
la triste execucion; pero Amán debe
al palacio venir con la luz nueva,
y empresa fácil le será á su astucia
de Asuero el obtener quanto desea.

ESTER.

¡Mardoqueo infelíz! ¿Y como ahora
yo te podré salvar? ¡infausta noche!
vil iniquo temor! necio consejo!

des-

desventurada Ester! vana esperanza! (1)

ATAC.

Palmira, Beroe... socorred la Reyna.

ESCENA X.

Atác turbado y confuso, Beroe y Palmira que vienen presurosas y parten corriendo en pos de Ester.

ATAC.

¡Reyna triste é infelíz! (2) ¡Que fiero ultrage
hace á su pecho y sus megillas! Cielos,
refrenad su furor. De sus cabellos
se cubre el suelo ya, y en todas partes
su dolor la persigue. Acia aquí vuelve
furibunda. Supiese yo á lo menos
su pena mitigar. (3) Tú me obligaste,

Se-

(1) Alzando los brazos al cielo rápidamente se ausenta de la Escena.

(2) Mirando compasivo ácia la parte de la Escena por donde se retiró Ester.

(3) Hincándose de rodillas con los brazos abiertos delante de Ester que comparece en la Escena desgreñado el cabello, descompuesto, y desgarrado el vestido, y trayendo violentamente tras de sí á Beroe, y Palmira, que asidas á los brazos la quieren detener.

Señora á ser cruel.

ESTER.

De mí, inhumanos!

de mi que pretendeis?

BEROE.

¿De Ester al lado

yo pretendo espirar.

PALMIRA.

Reyna adorada,

hermosísima Ester...

ESTER.

De que me sirve (1)

vuestro vano esplendor? (2) ¡Odioso inútil

abominable fausto! ¿un hierro, un lazo,

la muerte quien me dá? (3) Nadie se atreva

mis pasos á seguir. (4)

BE-

(1) Mirando con enojo sus joyas.

(2) Con violencia se desprende de Beroe y Palmira; y atropellaudo á Atác corre ácia la mesa en donde están sus joyas, y lás arroja rabiosa al suelo; y cogiendo el manto Real lo divide en dos pedazos, arrojando cada parte por su lado, y despues lo pisa con desprecio é indignacion.

3 Mirando ayrada y furiosa á sus doncellas, y á Atác que pasmados la observan.

(4) En acto de quererse retirar.

BEROE.

¿Y á donde ciega (1)
te conduce el furor?

ATAC.

Ester...

PALMIRA.

Señora...

ESTER.

Temerarios! ¿y así se menosprecia
de Ester la autoridad? Dadme, ay! la muerte
ó dexadme morir: sufrir no puedo
tan tormentoso afan. Beroe... en tus brazos..
me acabará el dolor. (2)

PALMIRA.

Y de su muerte
Atác al Rey responderá. ¿Y á esto
tu veniste?

ES-

(1) Deteniendo á Ester de la mano. Y lo mismo hacen Palmira y Atác.

(2) Abrazándose con Beroe, la qual ayudada de Atác y Palmira conducen á Ester al camapé, en donde ella se abandona reposando la cabeza sobre el seno de Beroe.

ESTER.

¡Ay de mí! (1) ¡De que penoso
letargo me despierto! y de este modo (2)
profanar quien ha osado las insignias
de mi gloria mayor? Atác, tú lloras!
(3) Y á vosotros aquí quien ha llamado?

BEROE.

La piedad.

PALMIRA.

El deber.

ATAC.

Vuestro peligro.

ESTER.

¿Que piedad? que deber? y que peligro?
ninguno en adelante aquí se atreva
á penetrar sin ser de Ester llamado.
Retiraos de aquí. (4) Tú, Atác, espera.

ES-

(1) Incorporándose, y como volviendo en sí despues de un pesado sueño.
(2) Mirando sus joyas por el suelo.
(3) Alzándose en pie, y mirando con indignacion á Beroe y Palmira.
(4) Beroe y Palmira recogiendo del suelo el manto Real, y demas joyas se retiran. Entre tanto Ester afectando serenidad se ajusta el vestido, y se tira atras el cabello.

ESCENA XI.

Ester y Atác temeroso y confuso.

ESTER.

Fiel y piadoso Atác, testigo solo
de mi dolor, y la piedad que debo
á un infelíz, á cuya suerte quiso
la mia el cielo unir; ¿y Mardoqueo
ahora de mí que dice? Ah! me figuro
su angustia qual será.

ATAC.

Yo tan tranquilo
no le he visto jamás. Atento y mudo
su destino escuchó: certificarse
quiso despues de la verdad; y hallando
á mi aviso conformes los indicios,
que Tarse ántes le dió, la vista alzando
y las palmas al cielo, los decretos
adoró de su Dios: despues con rostro,
de no se que esperanza y gozo lleno,
de su Pueblo inocente la vecina
libertad me anunció...

ESTER.

¿Pero que dixo
de la pérfida Ester?

ATAC.

¿De Ester que debe
y que puede decir? si á su enemigo
al mismo Amán de bendiciones colma:
y la hora en que á muerte tan infame
le venga á conducir ansioso espera.

ESTER.

Infelíz, ay! de mí. (1)

ATAC.

Si amor no es esto,
esto es mas que piedad.

ESTER.

En fin ¿que quiere
Mardoqueo de Ester? Yo por salvarle
á todo pronta estoy.

ATAC.

El solo pide

por

(1) Retirándose de Atác ácia el fondo de la Escena, oprimida del dolor, y despues volviendo impetuosamente ácia Atác.

por última merced de sus servicios,
que no ponga á su muerte suspirada
la piedad de la Reyna impedimento.

ESTER.

Déxame sola, Atác. (1) Mas no podia
al dolor resistir y á la vergüenza.
¡Débil tímida Edisa! aprende, aprende
con valor á morir. ¿Y en un infame
ignominioso leño Mardoqueo
el alma ha de exhalar? ¡Desventurado
padre infelíz! (2) Pero un inútil llanto
no lo salva de Amán. Sí: voy á Asuero.
Palmira, Beroe, Atác...

ESCENA XII.

Ester dudosa y confusa; Atác, Beroe y Palmira que acuden por diversas partes en ademan tímido y respetoso.

ESTER.

Pero á estas horas...

(1) Parte Atác.
(2) Interrumpiéndola el llanto; y despues con viveza y resolucion.

y en este trage... ¿adonde voy? Palmira. (1)
Amada Beroe... Atác... (2) Dexadme sola. (3)

ESCENA XIII.

Ester girando por la Escena como fuera de sí de la angustia y dolor, mesándose los cabellos, y al fin no pudiendo ya mantenerse en pie, se va á arrojar sobre el camapé, pero ántes de llegar á él cae como desfallecida sobre el suelo, pegando el rostro y la frente contra él: al fin se incorpora angustiada, y despues se queda de rodillas levantando los ojos y los brazos al cielo.

ESTER.

¡Gran Dios! cuyo poder no hay en la tierra
quien pueda contrastar! Si abandonada
es Edisa de tí, ¿de quien Edisa
favor puede esperar? Vuelve tu rostro,
y mira mi dolor. Dame la mano
pa-

(1) Mirando ya á uno, ya á otro apasionada, y sin saber á que resolverse.
(2) Con tono imperioso y furibundo.
(3) Parten todos tres en acto de compasion y dolor.

para salir de tan profundo abismo
de confusion y afan. Señor, bien sabes
que forzada aquí entré: que aquí violento
está mi corazon: y que de Asuero
en la casa jamás Edisa ha hallado
contento ni placer, sino en el gozo
del Dios de su salud, y su consuelo.
De las inmundas oblaciones nunca
el vino yo probé; ni hoy en la mesa
del Rey comí otro pan que el pan amargo
de mi triste dolor. Incomprensible
infinito saber, dame consejo. (1)
Sí, sí; no hay otro medio. Atác.

ESCENA ULTIMA.

Ester animosa saliendo al encuentro de Atác, que con timidez viene ácia ella.

ESTER.

Volando,
encuentra, y dí en mi nombre á Mardoqueo

(1) Sentándose en el suelo como pensativa; y despues alzándose en pie con resolucion.

que de Susa se ausente, ó busque en Susa
algun seguro asilo hasta que venga
la luz del sol, y con Asuero pueda
Ester hablar.

ATAC.

Yo voy, mas voy en vano
la Reyna á obedecer.

ESTER.

¿En vano?

ATAC.

Inútil
de Ester será el empeño, qual lo han sido
el de Atác y el de Tarse, que mil veces,
procurando su bien, á Mardoqueo
persuadir intentaron, que á lo menos
quando pasaba Amán lejos del atrio
se escondiese á su vista; ni otro fruto
nuestra piedad logró que el de obstinarle
en la firme opinion de que no debe
de vileza y temor ni un leve indicio
dar de su Dios á un enemigo.

ESTER.

¿Y como
le podré yo salvar, si así él se obstina
en perecer? ¿Iré del Rey ahora
el reposo á turbar?

ATAC.

Ni á Ester seria
fácil empresa el sorprender las guardias
que del lecho Real los pasos cierran.

ESTER.

¿Y debo yo otra vez el justo enojo
de Asuero provocar? ¡A quantos riesgos
me expone, Amán, tu crueldad tirana!
pero de tu furor, no, Mardoqueo
víctima no será. Volando; dile
que de Susa se ausente. Y si él repugna
á Ester obedecer, Ester el paso
abrirse por en medio de las guardias
sabrá de Asuero, y á sus pies postrada
interceder, pedir, rogar, torrentes
de lágrimas verter, herirse el pecho,
las megillas rasgarse, hasta que obtenga

la vida y libertad de Mardoqueo.
Mas si mi llanto y ruegos fueren vanos,
del Palacio Real saliendo armada
de un hierro y mi furor, á toda Susa
pondré en consternacion con mis lamentos.
Y convocando contra Amán á todos
los rivales de Amán, iré á su casa,
derramaré á su vista, de sus hijos
la inmunda sangre, de la iniqüa Zares
pasaré el corazon, y á Amán, y á toda
su casa en sangre, en fuego, en polvo, en humo
dexando envuelta, al fin... Sí, al fin vengada
al lado iré á morir de Mardoqueo.
A Beroe dí que apreste de mis galas
la mas pomposa; y que Palmira venga
mi cabello á ordenar. Con la respuesta
de Mardoqueo ven volando: parte. (1)
La desesperacion me infunde aliento. (2)

AC-

(1) Atác se retira encogiendo los hombros.
(2) Resuelta y animosa se retira por el fondo de la Escena.

ACTO QUARTO.

Plaza del Palacio Real iluminada con la amortiguada luz de algunos fanales.

ESCENA PRIMERA.

Mardoqueo recostado y durmiendo sosegadamente sobre un poyo de la puerta del Palacio, y Abiud que viene mirando con atencion ya ácia una parte, ya ácia otra.

ABIUD.

Con esta escasa luz apenas puedo
reconocerla bien. Sí; esta es la plaza
del Palacio Real: pero en él ¿como
penetrar yo podré? Durmiendo un hombre
allí descubro; y Mardoqueo al trage
me parece. Sí; él es. Ah! no durmiera
el infeliz, si de su triste suerte
fuese ya sabidor. ¿Y yo la nueva
infausta le daré? Pero seria
no hacerlo crueldad. Ah!.. Mardoqueo.

MARDOQUEO.

¿Quien me llama? (1) Abiud!.. ¡Que dulce sueño
veniste á interrumpirme!

ABIUD.

Y tú tranquilo
puedes dormir en tan turbada noche?

MARDOQUEO.

Para mi fué la mas serena y fausta
de quantas siempre triste y desvelado
en la Persia pasé.

ABIUD.

Pero no duerme
nuestro enemigo Amán.

MARDOQUEO.

Que él duerma ó vele,
son del cielo inmutables los decretos.
Ni Amán podrá evitar de sus venganzas
el espantoso dia ya vecino.
El cautivo Israél sí, no lo dudes,
va del impio á triunfar.

ABIUD.

(1) Despertándose despavorido, y alzándose en pie.

ABIUD.

¡Que horrible triunfo
Abiud teme ver!

MARDOQUEO.

Oh! que agradable
misteriosa vision! con ella alienta
tu esperanza, Abiud.

ABIUD.

¿Y te parece
que á estas horas yo vengo aquí la inútil
narracion á escuchar de un vano sueño?

MARDOQUEO.

Llámalo así despues de haberlo oido.
De las congojas y el afan continuo
de ayer rendido al fin, sobre ese mármol
me senté á reposar; y á breve rato
me embargó dulcemente los sentidos
una agradable suspension, que sueño
no me atrevo á llamar; pues si dormian
mis ojos, se quedó despierta el alma
y en vela la razon. En tal estado,
oir me pareció tumulto y voces

de gente atribulada. Un espantoso
y terrible fragor, acompañado
de horrendos truenos, despedia el ayre,
de tinieblas densísimas cubierto.
Se estremeció la tierra; y con la horrible
trémula luz, que á los espesos rayos
indicaba de herirme mil caminos,
descubrí claramente dos dragones
de enorme mole, y con feroz denuedo
á hacerse prontos sanguinosa guerra.
A su fiero silbido allí concurren
las tribus todas de la tierra armadas
á pelear contra la santa Gente.
¡Dia terrible! de pavor, de llantos,
de afan, de susto, y de peligros lleno!

ABIUD.

¿Y este agradable sueño te dolia
que yo te interrumpiese?

MARDOQUEO.

Escucha el resto.
Nuestra triste Nacion en tal conflicto
clamó á su Dios; y en medio de sus llantos

una

una pequeña fuente poco á poco
ví crecer hasta hacerse un grande rio
que la Tierra inundó. Se disiparon
en un instante las tinieblas densas,
el sol se descubrió claro y luciente,
sereno el ayre, y apacible el cielo:
y los humildes recobrando aliento,
como hambrientos leones, á los hijos
poderosos de Persia se tragaron.

ABIUD.

Naciones que unas á otras se devoran,
fragor, clamores, terremoto, y truenos,
con dos dragones todo el mundo en guerra,
una pequeña fuente, un grande rio;
noche, sol, sombras, luz, dia y tinieblas:
¡que torpe confusion! que informe aborto
de una agitada enferma delirante
flaca imaginacion! ¿Y que te indican
esa fuente, ese sol, y esos dragones?

MARDOQUEO.

Abiud, no lo sé: pero esta obscura
misteriosa vision dexó en mi alma

una

una seguridad, que ser no puede
fruto de un delirante y vano sueño.

ABIUD.

Tú estás seguro y quieto, ay!.. porque ignoras
lo que sabe Abiud. Dime ¿en el campo
de su feroz contienda, quedó muerto
alguno de esos dos fieros dragones?

MARDOQUEO.

Me despertaste á lo mejor del sueño.

ABIUD.

Mas de su infausto fin, aunque con pena,
yo te puedo informar. (1)

MARDOQUEO.

¿Con ese llanto
decirme acaso quieres, que en la casa
de mi enemigo Aman un leño infame
ya se alzó para mí?

ABIUD.

Y esto sabiendo
¿dormias tan tranquilo, y te empeñaste
en referirme un sueño?

MAR-

(1) Sollozando.

MARDOQUEO.

¿Y por que debe
tal noticia turbarme? Yo mil veces
por la salud de nuestro esclavo Pueblo
ofrecí de mi vida el sacrificio
al Dios que finalmente lo ha aceptado.
¿Pudiera á mayor gloria, y mayor triunfo
Mardoqueo aspirar?

ABIUD.

Tu santo celo
me cubre de rubor; pero faltando
tú, que su apoyo eres, ¿que esperanza
queda á la casa de Jacob?

MARDOQUEO.

Le quedan
su Dios, y su inmutable Testamento.
Quedas tú, queda Edisa, que á su esposo
la vida hoy pedirá del Pueblo nuestro,
segura de una gracia que otorgarle
Asuero ayer juró.

ABIUD.

¿Los juramentos

que valen de un infiel? Y si tu hija
tan repugnante y débil se ha mostrado
viviendo tú; ¿sin el temor del padre,
dime, Edìsa que hará? ¿Pero ella sabe
tu destino infelíz?

MARDOQUEO.

Lo sabe.

ABIUD.

¿Y sufre
que perezcas así?

MARDOQUEO.

Puede ella acaso
de la inmutable providencia eterna
el órden invertir? Estimulada
de importuna piedad turbar queria
el reposo del Rey, y de la muerte
libertarme, ó si no, espirar conmigo.
Pero al fin se rindió á la ley de un padre,
que la manda vivir.

ABIUD.

¡Bella obediencia!
y raro exemplo de virtud constante,

y de filial amor!

MARDOQUEO.

Este no es tiempo (1)
de insultarme, Abiud. Si tú bacilas,
déxame á mí morir con la esperanza
de que en breve Israel romperá el yugo
de su penosa esclavitud.

ABIUD.

Sí, espera: (2)
y con tus necias esperanzas muere. (3)

MARDOQUEO.

¡Gran Dios! dame constancia y sufrimiento!
Hijo indigno de Aarón! (4) sobre tí solo
de tu desconfianza cayga el peso. (5)

(1) Enfadado.
(2) Irritado.
(3) Parte despechado, y murmurando.
(4) Mirando ácia donde partió Abiud.
(5) Sin desmedirse se sienta en el poyo de la puerta del Palacio.

ESCENA SEGUNDA.

Cámara de Asuero con camapé, y otros asientos mas baxos. Asuero que entra en ella conversando con Carsena.

ASUERO.

Sí, Carsena, es verdad: el dulce sueño
de mis ojos se huyó, y mandé llamarte
para aliviar y dividir contigo
el tedio y las molestias de una noche
que no acaba jamas.

CARSENA.

Ya de la Aurora
próxîma está la luz. ¿Pero que causa
el necesario y natural reposo
al Rey pudo impedir?

ASUERO.

¿Y tu á un Monarca
preguntas la razon de sus desvelos?
Despues de alegre y natural fatiga,
y antes que de la noche el negro manto
resfrie el ayre, y enlutezca el suelo,
vuelve á su humilde casa el sano y duro

fe-

felíz agricultor : y recobrando,
en simple mesa y parca , de sus fuerzas
el perdido vigor , toda la noche
sin afan , sin temor y sin cuidados,
duerme á la vista de su hogar sagrado
entre los brazos de una casta esposa,
que de robusta y no dudosa prole
su seno carga, y le corona el lecho.
Mas de un Monarca la penosa y triste
pésima ocupacion , de los Palacios
el eterno tumulto, su horroroso
estrépito de armas y de armados,
de nuestros techos la soberbia y ampla
altura resonante, el excesivo
ocio del cuerpo , la violenta é ingrata
del alma agitacion, de nuestras mesas
la superflua abundancia , el necio empeño
de contrastar con tanta luz las sombras
del dulce sueño amigas , finalmente
mil sospechas, temores y cuidados
á un reynante infelíz , Carsena, obligan
dia y noche á velar.

CARSENA.

Pero pudiera
reposar en la atenta vigilancia
de tantos que le sirven y le guardan.

ASUERO.

¿De tantos que le guardan y le sirven?
sirven á su interés, á su soberbia
sirven, y á su ambicion. ¿Y quantas veces,
de nuestra autoridad, y nuestro nombre
abusando, se sirven de nosotros
para vengar sus odios y su torpe
avaricia saciar?.. Carsena, dime
¿y por que tanta espada, y tanta lanza
nos guarda siempre? Sí; pompa se llama
lo que es cauto temor. ¡Ah! el don de un cetro,
si es de los cielos don, denlo á quien quiera
ser desdichado, y no vivir un dia
sin zozobra, ni afan. De Ester notaste
la turbacion ayer; y á Ester que puede
á mi lado angustiar?

CARSENA.

Al Rey no debe

un

un femènil y casual desmayo
cuidadoso tener. Por leves causas
se angustian, lloran, ignorando á veces
aun ellas mismas de su afan y prontas
lágrimas la razon.

ASUERO.

No. De la Reyna
el pertinaz dolor de alguna grave
causa oculta procede. En el banquete
Ester en vano procuró ocultarme
su interna turbacion. Aparentaba
su semblante un placer, una alegría
y una risa jovial que desmentian
sus tristes ojos, que yo ví inundados
de lágrimas tal vez. A Amán miraba
airada, me parece: á mi volvia
despues tímida el rostro, y suspirando
lo torcia á otra parte. Quatro veces
una gracia que yo juré otorgarla
á pedirme empezó; pero otras quatro
en medio del discurso temerosa
y muda se paró. De mí, del mismo

Amán importunada, al fin un grande
prometió descubrirme oculto arcano
hoy en la mesa: y lento me parece
el curso de las horas que retardan
de la Reyna el banquete, en mi el tormento
prolongando tambien de una penosa
mordáz solicitud, que pudo causa
de mi desvelo ser.

ESCENA TERCERA.

Asuero, Carsena y Tarse trayendo en las manos un grueso volúmen, que presenta y entrega al Rey.

TARSE.

Señor, de Persia
los fastos aquí están.

ASUERO.

Sí, renovando
de los pasados tiempos la memoria
el resto de esta noche pasaremos.
Carsena empezará: (1) tomad asiento.

CAR-

(1) Entregando el volúmen á Carsena, y sentán-

CARSENA.

¿Donde leo, Señor?

ASUERO.

Donde la suerte
primero te depare. (1)

CARSENA.

Fué la mia
infelíz esta vez, pues me presenta
del Rey para aliviar el triste tedio
de una horrible traicion la negra plana.

TARSE.

¡Que traiciones! de Ester busca la fausta
coronacion festiva.

ASUERO.

No, fielmente
lo que encontraste lee. (2)

CARSENA.

„En este tiempo

tándose recostado en el camapé.

(1) Carsena despliega el volumen, y da muestras de horrorizado y confuso.

(2) Incorporándose sobre el camapé con grande atencion para oir lo que lee Carsena, á quien Tarse escucha soñoliento.

»Tares y Bagatán que presidian
»en la primera puerta del Palacio
»á la guardia Real, malignamente
»se conjuraron contra el grande Asuero,
»despojarle intentando del diadema
»y la vida tambien. Su oculta trama
»á noticia llegó de un extrangero,
»que del palacio freqüentaba el atrio.
»El á Ester avisó y Ester á Asuero:
»se inquirió del delito; y comprobado
»á los reos se dió digno castigo,
»y se llamaba el fiel cautivo Hebreo, (1)
»que al Rey salvó la vida, Mardoqueo. (2)

ASUERO.

¡Mísera condicion la del que nace
con derecho á reynar! Ah! quanto hierran
los que fixando sobre un trono el centro
de la felicidad, necios envidian
nuestra suerte infelíz! La pompa, el fausto,

y

(1) Tarse se despierta, y pone en atencion.
(2) Asuero se alza en pie despues de haber dado una gran palmada sobre el camapé, y con el Rey se alzan tambien Tarse y Carseña, que dexa el volúmen sobre su asiento.

y el poder soberano, que en la tierra
nos iguala á los dioses, nos condena
á una penosa esclavitud, privando
al que llaman Señor de aquella dulce
y plena libertad de que disfruta
el mas vil, el mas pobre, y mas humilde
de los que nuestros súbditos se llaman,
mas de sí dueños son. Si de las leyes
se sostiene el rigor, somos tiranos.
Si á la licencia se le suelta el freno,
descuidados y omisos. La justicia
el odio nos concilia. Los favores
mil ingratos nos crian. ¿De quien puede
un reynante fiarse, si crueles
contra él se conjuran aun aquellos
con quien parte su pan? Ah! pan amargo
que no cuesta sudor, mas cuesta sangre!
¿y por su fiel aviso á ese extrangero
que premio se le dió?

TARSE.

Señor, ninguno.

ASUERO.

¿Es posible, Carsena?

CARSENA.

Ricos dones
recibió por entonces.

TARSE.

Pero todo
debió bien poco ser, pues no ha mudado
de condicion el infelíz, y pasa
su triste vida sin honor, ni nombre
del palacio en el atrio.

CARSENA.

Noblemente
siempre le ví vestir.

TARSE.

De oculta mano
será piadoso don; nada el percibe
del Erario Real.

ASUERO.

Si así en la Persia
se premia la virtud, no es maravilla
que en Persia haya traidores. De la aurora
des-

despunta ya el albor. Que venga Arbona.

ESCENA QUARTA.

Asuero paseándose pensativo. Carsena mirando atentamente el volúmen, Tarse en acto de partir, y despues deteniéndose al ver que viene Arbona.

TARSE.

Arbona ácia aquí viene.

ARBONA.

Amán ansioso
desea hablar al Rey.

ASUERO.

Ha prevenido
mi voluntad Amán. Dile que venga, (1)
y entretenedle aquí; presto yo vuelvo. (2)

(1) Parte Arbona.
(2) Se retira Asuero.

ES-

ESCENA QUINTA.

Tarse y Carsena que sale al encuentro de Amán, el qual con violencia le aparta de sí entrando presuroso y perturbado.

AMAN.

Señor... ¿donde está Asuero?

CARSENA.

El Rey en breve
prometió aquí volver.

AMAN.

Pero un instante
yo no puedo esperar. (1)

TARSE.

Asuero dixo (2)
que le aguardes aquí.

AMAN.

Ah! me devoran
la rabia y el furor. Sí, morir debe
sobre una infame cruz.

CAR-

(1) Queriendo pasar adelante.
(2) Deteniendo a Amán.

CARSENA.

¿Quien?

AMAN.

Mardoqueo. (1)

CARSENA.

Te guarde el cielo, Amán...

AMAN.

Yo no te pido
mas consejos, Carsena.

CARSENA.

Pero sabe... (2)

AMAN.

Yo no quiero saber sino que debe
Mardoqueo morir.

CARSENA.

Escucha...

AMAN.

Oidos
á mi honor solo doy, y á mi venganza. (3)

TAR-

(1) Tarse coge el volúmen y empieza á recorrerlo con ansia.

(2) Cogiendo por la mano á Amán que se desprende de él con indignacion.

(3) Tarse desesperado de no poder hallar lo que bus-

TARSE.

Amán, el Rey ya vuelve.

AMAN.

Y Tarse ahora
del delirio de Amán sabrá la causa.

ESCENA SEXTA.

Tarse riyéndose á las espaldas de Amán que sale al encuentro del Rey, Carsena retirándose á un lado de la Escena en acto compasivo de Amán, y Asuero con semblante alegre y gracioso.

AMAN.

Señor...

ASUERO.

Querido Amán, (1) de amigo el nombre
darme tú puedes; y si yo de padre
el título te diese, no te diera
honor que no convenga al alto aprecio
que de tí debo hacer. Tú adivinaste

mi

buscaba, arroja el volúmen donde estaba antes.

(1) Tomándole por la mano, y dándole un beso en el rostro.

mí voluntad : llamarte meditaba
quando llegaste aquí, la diligencia
previniendo del sol.

AMAN.

Toda la noche
en vela yo he pasado.

ASUERO.

Igual destino (1)
nos regula á los dos : tambien despierto
Asuero la pasó. Pero de entrambos
la pasada molestia aliviar quiero
con alguna festiva y nunca vista
alegre pompa, que los ojos pueda
y el alma recrear. Dime, que premio
se puede dar de honor:::

AMAN.

Yo aquí venia
meditando un castigo.

ASUE-

(1) Tarse mirando envidiosamente á Amán se retira cabizbaxo ácia el fondo de la Escena, á donde va tambien Carsena mostrando complacencia, y desde donde vuelven despues indicando los mismos afectos.

ASUERO.

No me hables
de penas hoy: mis gracias, mis tesoros
derramo con placer, pero la sangre
de mis vasallos no. Dime que premio
de honor se puede dar á uno á quien quiere
honrar el Rey.

AMAN.

Señor... por un momento
Amán lo pensará.

CARSENA.

Piensa, y resuelve. (1)

AMAN.

Pero si no es Amán, honor tan alto
¿quien otro puede merecer de Asuero? (2)

ASUERO.

El premiar la virtud es la mas fuerte
y mas suave ley de las que incitan

al

(1) Asuero se retira con Carsena y Tarse ácia el fondo de la Escena.

(2) Asuero vuelve con Carsena, y Tarse ácia donde está Amán pensativo.

al hombre á bien obrar.

AMAN.

Yo he ya resuelto.
Ese mortal felíz á quien desea
el grande Asuero honrar, del regio manto
será vestido, y el diadema augusto
sus sienes ceñirá; y así adornado
con regio fausto, y con festiva pompa,
triunfante irá de Susa por las calles
sobre un caballo, y debe ser el mismo
que montar suele el Rey, y con la misma
silla, jaeces y gualdrapa y freno,
con que adornarlo suelen en los dias
de mayor pompa y gala; y de las riendas
llevándole de Persia el mas sublime
Príncipe, en alta voz irá diciendo:
Pueblos de Media y Persia, así se honra
uno á quien quiere honrar el grande Asuero.

ASUERO.

¿Y para ser igual á mí que falta
á ese mortal, sino de Rey el nombre?
Pero Amán lo dispuso, y son sus dichos

pa-

para mí leyes: Sí, quanto ordenaste,
presto ponlo por obra en Mardoqueo.

AMAN.

¡En Mardoqueo!

ASUERO.

Cierto! en ese pobre
extrangero infelíz, que ante las puertas
suele estar del Palacio!

AMAN.

Algun engaño
sorprende al Rey.

ASUERO.

Asuero no se engaña.
De mis dias deudor soy á ese Hebreo.
Y si el premio que Amán le ha destinado
excesivo parece, culpa mia
no es, será de Amán. Pero no hay honra
que no merezca la virtud. Ya oiste
del Rey la voluntad.

AMAN.

¿Y á un vil cautivo (1)
yo

(1) Con arrogancia y enfado.

yo en triunfo he de llevar?

ASUERO.

¿Y vil tu llamas (1)

á quien salvó á tu Rey?

AMAN.

Tanta ignominia

Amán no debe tolerar.

ASUERO.

Ni Asuero

mas réplicas sufrir. (2) Yo te lo mando
por la tercera vez. Parte; y cuidado
de no omitir de quanto aquí dixiste
cosa ni aun la mas leve.

AMAN.

¿Y es posible? (3)

Señor...

ASUERO.

Parte, ya dixe. (4)

(1) Con indignacion, y maravilla.
(2) Con enojo, y autoridad.
(3) En acto humilde.
(4) Grandemente indignado.

AMAN.

Y yo... (1) Obedezco. (2)
Mas donde voy? Señor, ¿y yo de Persia
la fábula seré? ¿Me verá Susa
de un Hebreo á los pies?

ASUERO.

¿Quien reyna en Persia? (3)
Artaxerxes, ó Amán?

AMAN.

¡Perversa suerte! (4)

ASUERO.

De mis favores si á abusar empieza,
está en mi mano el refrenar su audacia
y soberbia altivez. Tarse, sus pasos
sigue, y observa si se cumple en todo
del Rey la voluntad. Despues advierte
en mi nombre á la Reyna que la hora

del

(1) Mirando temeroso á Asuero.

(2) En acto de partir, pero despues se detiene, y vuelve á suplicar al Rey.

(3) Revistiendose de toda su autoridad, y demostrando grande enojo y furor.

(4) Despechado y en acto de partir, y al fin se retira mostrando gran repugnancia y temor.

del banquete anticipe. Parte... Espera... (1)
Dila tambien, que Amán venir conmigo
acaso no podrá. Mas no. (2) En su mesa
ayer lo quiso Ester, y quiero en todo
complacerla. (3) Carsena, ven conmigo. (4)

ESCENA SEPTIMA.

Plaza del Palacio Real iluminada del Sol, y Mardoqueo paseándose en ella en ademan triste y doloroso.

MARDOQUEO.

Pueblo siempre rebelde, y siempre ingrato
al Dios que te ha librado tantas veces
del yugo grave, que domar no pudo
tu inflexible cervíz! El fruto es este
de tu infidelidad. Recurre ahora
á las sordas estatuas que adoraste;
y diles que te libren de la rabia
y del furor de Amán. ¡Ay! me sería

 dul-

(1) Pensativo.
(2) Dudoso.
(3) Hace señal á Tarse para que parta.
(4) Parte Asuero seguido de Carsena.

dulce el morir, si yo llevar pudiese
de Abram al seno la esperanza cierta
de que en breve sus nietos volverian
la tierra á poseer á él prometida
y á su posteridad. Pero esta indigna
es, ay¡, de tanta dicha; y yo espirando
hasta el fondo agotar el caliz debo
de mi amargo dolor. Mas por que tarda
mi enemigo en venir?

ESCENA OCTAVA.

Mardoqueo, y Abiud que viene llorando y afanado.

ABIUD.

Perdon te pido,
Mardoqueo: á morir vengo á tu lado.

MARDOQUEO.

Pide perdon al Dios á quien tu débil
esperanza ofendió.

ABIUD.

Piedad Dios tenga

del

del ingrato Abiud, y de su Pueblo.
Hijo mio, llegó el extremo dia
para el triste Israél. La cierta nueva
de tu muerte vecina á todos llena
de dolor, de piedad, de susto y miedo.
Y sucediendo al compasivo llanto
la desesperacion, altos clamores,
gritos de rebelion por todas partes
resuena el ayre ya. La temeraria
juventud animosa al arma al arma
clamando corre: los Levitas santos,
los ancianos, las madres temerosas,
los tiernos niños á vender se exôrtan
su vida á caro precio. Armas á todos
suministró el furor, y de él guiados
razon no escuchan, y á librarte corren
de las manos de Amán.

MARDOQUEO.

¡Pueblo insensato,
confirmado en el mal! ¿Pero que puede
su débil brazo hacer contra el robusto
poder de Persia? Ven: sabrá el tumulto

mi voz apaciguar. (1) ¿Mas si entre tanto
Amán viene ?.. Abiud, corre tú, díles...

ABIUD.

Inútil es que vaya; no oyen ruegos,
religion no respetan...

MARDOQUEO.

Dios! ¿que debo
en tal conflicto hacer?

ABIUD.

Con tu tardanza
crece el tumulto.

ESCENA NONA.

Mardoqueo pensativo, Abiud inquieto é impaciente, y Atác que viene presuroso y perturbado.

ATAC.

Cielos! ¿que desorden?
Mardoqueo, la Reyna apenas supo
que Amán víno al palacio, y que se apresta
de

(1) En acto de partir, y despues se detiene dudoso.

de tu suplicio la funesta pompa...
que lágrimas? que ruegos? que consejos?
razon no escucha, ni otra voz entiende
que la de su dolor. Furiosa y ciega
las guardias y las puertas del palacio
intenta violar. A detenerla
fuerza no basta femenil, y en breve
tus ojos la verán desnudo el pecho,
desgreñado el cabello, hecha una furia
aquí comparecer.

MARDOQUEO.

Intempestiva
importuna piedad! Buela, Atác, dila...

ATAC.

¿Que decirla podré? tu voz acaso
detenerla podrá.

ABIUD.

Mas de mi Pueblo (1)
¿quien refrena el furor?

(1) Volviéndose enojado contra Atác, y tomando por la mano á Mardoqueo.

ESCENA DECIMA.

Mardoqueo sin saber á que resolverse en medio de Atác y Abiud; que cada qual se lo quiere llevar consigo, y Arbona que sale del Palacio presuroso y alborozado.

ARBONA.

¡Alegres nuevas!
albricias, Mardoqueo. Amán en breve
por las calles de Susa en triunfo alegre
te vendrá á conducir.

MARDOQUEO.

¿En triunfo alegre?
alegre para tí. Te entiendo, Arbona.

ATAC.

¿Y hasta en la muerte vienes á insultarle? (1)

ABIUD.

Hijo de Belial! del cielo un rayo
tape tu boca, y cambie en llanto eterno
esa risa cruel.

AR-

(1) Volviendose airado contra Arbona que se rie.

ARBONA.

¿Con que aun ignoras
la desgracia de Amán?

MARDOQUEO.

Arbona, (1) basta.
Fiel Atác, Abiud, á tantos males
oportuno reparo, solo el cielo
puede poner, y lo pondrá. Entre tanto
dexadme solo aquí, yo necesito
para morir de toda mi constancia. (2)

ARBONA.

Ahora fé me dareis. Amán ya viene. (3)

ABIUD.

¿Viene Amán? ¡ay de mí! Donde me escondo
á su vista cruel. Montes, cubridme
á los ojos de Amán. (4)

MAR-

(1) Mirándole con indignacion, y Arbona con enfado se retira ácia la puerta del palacio, observando con atencion lo que pasa allí dentro.

(2) Arbona vuelve placentero á donde está Mardoqueo con los otros dos.

(3) Comparece en el atrio del palacio parte del acompañamiento de Amán.

(4) Atác temeroso se retira ácia un lado de la Escena, Arbona ácia la puerta del palacio, y Abiud tur-

MARDOQUEO.

¡Dios poderoso!
confundid por mi boca á este soberbio.

ESCENA ULTIMA.

Mardoqueo á un lado de la Escena mirando imperterrito á Amán, que acompañado de Tarse y Carsena sale por la puerta del Palacio Real precedido de algunos criados, y seguido de pages que traen las insignias Reales, y un Caballo ricamente enjaezado, y de un numeroso acompañamiento de guardias y soldados con banderas desplegadas, y música militar. Abiud comparece en la Escena perturbado y confuso, y huyendo de manera que Amán lo pueda observar.

AMAN.

Tarse, manda arrestar á aquel Hebreo.

TARSE.

¿Y su delito, Amán, qual es?

AMAN.

turbado y confuso corre á esconderse ya á una parte, ya á otra.

AMAN.

Su fuga.

TARSE.

Huirá de tí. (1)

AMAN.

De Asuero en este anillo
la autoridad respeta (2), y obedece
á quien puede mandarte.

TARSE.

Ah! (3) sí, obedezco.
Soldados, detened aquel anciano.

AMAN.

A tenebrosa y solitaria cárcel
se conduzca al instante, y de cadenas
cargado, á nadie permitido sea
si no es á Amán hablarle. (4) Delinqüiente
su temor le convence.

MAR-

(1) Con desden.
(2) Con tono imperioso y soberbio.
(3) Mirando á Amán rabioso, y despues en tono de amenaza.
(4) Volviéndose á Carsena.

MARDOQUEO.

Amán, te engañas. (1)
Yo solo te ofendí; y en mi delito
parte no tuvo el inocente anciano.

AMAN.

Si es inocente ó reo, á tí no toca
juzgarlo, toca á mí. Contigo hablaba;
me vió, y huyó de aquí: no necesita
de mas proceso Amán.

MARDOQUEO.

Tirano! iniquo!
injustísimo juez!

AMAN.

¿ Mas quien refrena
mi rabia y mi furor?

MARDOQUEO.

Sigue oprimiendo
á mi Pueblo infelíz: mas la justicia
teme de un Dios terrible en sus venganzas.
Sobre tu cuello ya relampaguea
su fulminante espada.

AMAN.

(1) Acercándose ácia él con franqueza.

AMAN.

Y tú prosigue
insultándome ya, que así la suerte
iniqua lo destina; pero poco
tu gozo durará.

TARSE.

Tantas demoras
la voluntad del Rey no sufre; y Tarse
debe verla cumplida.

AMAN.

¡Oh, que penosa
obediencia! Carsena, tú en mi nombre
se lo podrás decir.

MARDOQUEO.

Amán, ¿que aguardas?
Pronto estoy á seguirte. El leño infame
me espera. (1)

TARSE.

Mardoqueo, el Rey en premio
de tu fidelidad en noble triunfo

quie-

(1) Amán avergonzado y confuso vuelve las espaldas á Mardoqueo, acompañándole Carsena en acto de persuadirlo á obedecer.

quiere que Amán te lleve por las calles
mas públicas de Susa. El regio manto,
y el Imperial diadema honrar hoy deben
tu sublime virtud.

MARDOQUEO.

¿Y á tus palabras
puedo crédito dar?

TARSE.

Si á las palabras
de Tarse no das fé, dala á la pena,
dale al rubor de Amán. Despues de todo
te informaré mejor: se cumpla ahora
la voluntad del Rey. (1)

MARDOQUEO.

¿Sueño ó deliro?

AMAN.

¡Suerte injusta y cruel! á tanta gloria
acaso me elevaste, para verme
precipitado en este obscuro abismo

de

(1) Tarse cruza á Mardoqueo con la banda Real, ciñendo tambien su frente con el diadema; y despues le ayuda á montar á caballo.

de infamia y de rubor. (1)

MARDOQUEO.

Amán ahora
niegue el poder del Dios de Mardoqueo.

AMAN.

Pueblos de Media y Persia, así se honra
uno á quien quiere honrar el grande Asuero. (2)

(1) Tarse pone las riendas del caballo en manos de Amán.

(2) Al son de la música militar parte Amán guiando el caballo sobre que vá Mardoqueo, y en pos de ellos Tarse y Carsena, y todo el acompañamiento.

ACTO QUINTO.

Corredor, ó cámara de paso en el apartamento de Ester.

ESCENA PRIMERA.

Amán y Carsena, que vienen conversando.

AMAN.

Pero el deseo de vengarme ha sido
mas fuerte aún; y á él ceder debieron
la repugnancia y el rubor de verme
de un Hebreo á los pies. Sí, sí; al altivo
de un pasagero triunfo el vano gozo
poco le ha de durar.

CARSENA.

Y tú ¿que puedes
contra uno intentar, á quien Asuero
hoy tanto ha honrado?

AMAN.

Mas de quien mañana
ya no se acordará. Tú bien conoces
de Asuero el natural voluble, y fácil

su

su amor á deponer como su enojo.
El fugitivo y temeroso anciano,
que mandé aprisionar, á mis designios
podrá servir: de algun delito grave
cómplice yo lo haré con Mardoqueo.
Indicios, pruebas, testimonios falsos
no faltarán á Amán. Y al fin si nada
puedo así conseguir, la irrevocable
ley, que con él á todo el Pueblo suyo
á horrible muerte condenó, no puede
Mardoqueo evitar. ¡ Del Rey, de Asuero
vengarme yo quisiera!.. Y si tú á parte
quieres entrar de la gloriosa empresa
que Amán medita, coronar podria
de Carsena las sienes un diadema,
de que es indigno quien á un vil cautivo
hoy la mandó ceñir.

CARSENA.

Amán ¿deliras?
¡yo á mi patria traydor! (1) ¿Y no me basta
la ignominia y rubor de ser tu amigo?

(1) Con horror, é indignacion.

¿De un delito tan vil capaz me juzgas?

AMAN.

Lo que á un trono conduce, ó no es delito,
ó no es delito vil. Vileza llama
el podrirse en el ocio, el corromperse
entre las sedas, y el placer y el vino.
Llama delito vil el abatirse
á tolerarlo todo, y no elevarse
sobre la turba perezosa y torpe
de los demas mortales, condenados
á sufrir los caprichos, y la iniqüa
tiranía á adorar de quien en fuerza,
ó en ingenio los vence.

CARSENA.

¡Sentimientos
dignos de Amán! Si, tu amistad renuncio,
renuncio tu favor. Teme en Carsena
un enemigo mas. ¿Sufrir yo debo?..

AMAN.

Calla que viene Tarse.

ESCENA SEGUNDA.

Amán receloso, Carsena irritado, y Tarse en ademan desdeñoso y airado.

TARSE.

Amán, la Reyna
en la mesa te espera.

AMAN.

Mas despacio
hablarémos despues: mejor, Carsena,
piensa á tu gloria y tu interés. (1)

TARSE.

¿Y debes
tú tambien ser testigo de las dichas
y del honor de Amán?

CARSENA.

Tarse, no envidies
de Amán la suerte.

TARSE.

Envidiaré la tuya.

CARSENA.

Por la de Amán de cierto no la trueco.

(1) Parte Atác.

TARSE.

¿Pero de la injusticia y los caprichos
que me dices de Ester?

CARSENA.

Yo así no llamo
la razon de quien reyna.

TARSE.

¡A un Idumeo
empeñada en honrar! como si en Persia
almas no hubiese grandes y mas dignas
de su gracia que Amán. Su pecho él muestre
de mil gloriosas cicatrices lleno
como lo está el de Tarse, sin mas fruto
que el que le dá una honrosa inútil palma
y un estéril laurel.

CARSENA.

Consigo lleva
su premio la virtud.

TARSE.

¡Razon pomposa!
y que aprendido habrás en las escuelas
en que á la sombra de un laurel se suda.

Mas

Mas quien sudó al ardor, y tembló al hielo
de un campo militar: quien por su patria
marchó anhelando descubierto el pecho
contra cien mil espadas, que le asestan
la punta al corazon, no, no se paga
de un quimérico premio.

CARSENA.

En el banquete
el Rey acaso ya nos echa ménos.
Tarse, vamos. (1)

TARSE.

Sí, á ver de Amán premiada
la cruel ambicion. ¡Iniqüa suerte! (2)

ESCENA TERCERA.

Atác trayendo de la mano á Mardoqueo por la parte opuesta á aquella por donde se retiraron Tarse y Carsena.

ATAC.

No temas, Mardoqueo; aquí la Reyna

(1) Parte Carsena.
(2) Parte Tarse.

conducirte me impuso; y pronto á todo
puedes aquí esperar de tus deseos
el momento feliz.

MARDOQUEO.

Acostumbrado
siempre á temer mi corazon, no puede
sin zozobra esperar.

ATAC.

Pero tu triunfo
asegurarte debe.

MARDOQUEO.

El triunfo mio
á mi Pueblo no libra de la muerte
á que está destinado, é incierta pende
de la boca de Asuero aun mi esperanza. (1)

ATAC.

Ya de los brindis el festivo aplauso
escucho resonar. Ven, aquí dentro
me esperarás oculto. Yo entretanto
de la Reyna á la voz pronto estar debo. (2)

ES-

(1) Se oye festivo estruendo de vivas y aplausos, y el sonido de instrumentos músicos.
(2) Se retiran los dos.

ESCENA QUARTA.

Espaciosa galería adornada de pilastras, y pedestales de diversos mármoles con estatuas, y simulacros que representen el Sol, la Luna y demas planetas, y signos celestes. En el fondo de dicha galería una puerta que da vista á un jardin, y á los lados de ella una orquestra de varios instrumentos músicos, y mas acá dos grandes aparadores con jarras, copas, tazas y platos de oro y plata, y en el medio una grande mesa cubierta de varias viandas y frutas, y al rededor de ella tres lechos ó grandes camapés, sobre los quales estarán recostados Asuero, Amán, y Ester en medio de los dos con copas de oro en la mano en acto de brindar. Tarse y Carsena en pie al lado de la mesa que queda descubierto al teatro. Beroe y Palmira á los lados de Ester, Arbona al del Rey, y otro page al lado de Amán, todos en acto de servirles vino. Y otros varios pages quitando y poniendo platos en la mesa.

ESTER.

Viva el Rey.

ASUERO.

Viva Ester.

AMAN.

Y eternamente
vivan en paz y amor Ester y Asuero. (1)

TODOS.

Vivan en paz y amor Ester y Asuero (2)

ASUERO.

Retiraos de aquí. (3)

ESCENA QUINTA.

Asuero, Ester y Amán incorporados sobre sus respectivos lechos.

ASUERO.

Consorte amada,
be-

(1) Mientras todos los circunstantes repiten el siguiente verso beben Asuero y Amán, y Ester llegándose su copa á los labios, la aparta de ellos con horror.

(2) Se empieza una alegre sinfonía; y entretanto Ester incita á beber de nuevo á Asuero y á Amán. Y rehusando ellos al fin, los obliga á beber, repartiendo el vino de su taza en las de los dos, mirando amorosa á Asuero é indignada á Amán.

(3) Asuero se incorpora sobre el lecho, y hace se-

bella Ester, ¿hasta quando á un fiel esposo
que te ama y te adora, y quiere en todo
darte gusto y placer, tendrás oculta
la causa de tu afan?

AMAN.

Ester divina,
si del felíz mortal, á quien hoy tanto
honrar quisiste, los humildes ruegos
algo pueden valer... (1) Mas tanto enojo
Señora, ¿contra quien?

ASUERO.

Ester, acaba
de despenarme al fin. (2)

ESTER.

Si alguna gracia
en los ojos del Rey halló la humilde
desventurada Ester, Señor, la vida
Ester os pide: á muerte atroz y horrible

con-

seńal para que cese la música, y se retiren todos.

(1) Mirando Ester temerosa á Asuero, y airada á Amán.

(2) Ester se pone de rodillas sobre el lecho, y Asuero y Amán se baxan del lecho ambos admirados.

condenada yo estoy.

ASUERO.

Amán ¿que dice?..
¿Deliras, bella Ester? (1)

AMAN.

¿Y que delito
á la consorte y al amor de Asuero
pudo culpable hacer?

ESTER.

La culpa mia,
piadosísimo Rey, es ser Hebrea.

AMAN.

¡Que escucho! (2)

ASUERO.

Ester, tú lloras, ¿y es delito
haber nacido de un ilustre Pueblo,
aunque ahora infelíz? ¿Israelita
tú eres?

ESTER.

Y mi padre es Mardoqueo.

AMAN.

(1) Tomándola por la mano, y ayudándola á baxar del lecho.
(2) Para sí, perturbado.

AMAN.

¡Perdido soy! (1)

ESTER.

Y en premio del aviso
con que salvó tu vida, es condenado
él con todo su Pueblo, en solo un dia
cruelmente á morir.

AMAN.

Señor.. (2) Inútil
es mi presencia aquí.

ASUERO.

De tus consejos
ahora mas que nunca necesito.
Dime, adorada Ester, ¿y quien en Persia,
sin mi noticia, tu inocente Pueblo
se atreve á condenar?

ESTER.

Nuestro enemigo
es el pésimo Amán: fixo está en Susa
el decreto cruel: por toda Persia

pu-

(1) Para sí, temeroso.
(2) Confuso, y perturbado.

publicándose va.

AMAN.

Señor... (1)

ASUERO.

¡ Malígno !
¿ que disculpa darás ? (2) ¿Y este era el Pueblo
pernicioso á mi estado ? y cuyas leyes
contrarias á las leyes de la Persia
perturbaban la paz del Reyno mio ?

ESTER.

Fuera la muerte al fin de nuestros males
el término felíz ; pero redunda
su crueldad en daño de la Persia
y en deshonor del Rey. ¿Por que no somos
vendidos por esclavos ? con la vida
quedáramos al fin : y Ester de esclava
si no al impio Amán á otro qualquiera
contenta servirá.

ASUE-

(1) Cobrando ánimo.

(2) Mirando amoroso á Ester, y despues lleno de enojo á Amán, que baxando los ojos al suelo se muestra extremamente atemorizado y confuso.

ASUERO.

Bárbaro, iniqüo,
desapiadado Amán! Dame ese anillo,
prenda de mi favor y prueba clara
de tu infidelidad. Traydor! (1) Ingrato! (2)

ESCENA SEXTA.

Ester acongojada, y falta de fuerzas se recuesta sobre el lecho de Asuero, apoyando el codo sobre la mesa; y Amán delante de ella, pero algo retirado en acto humilde y temeroso.

AMAN.

Divina Ester, de tí piedad implora
un infelíz.

ESTER.

Piedad tú no tuviste
de mi padre, de mí, ni de mi Pueblo.

AMAN.

Mas yo ignoraba...

ES-

(1) Volviéndole las espaldas, y alejándose de él, y despues volviendose á mirarlo.
(2) Asuero se retira por la puerta del jardin.

ESTER.

Sí, tú no sabias
que en el cielo hay un Dios, que presto ó tarde
juzga la iniquidad, y los designios
frustra del ímpio, y sus ocultas tramas
á los ojos del sol descubre. ¡Iniqüo!
¿En un infame leño al padre mio
destinar á morir?

AMAN.

A tal exceso
ciega ambicion insana me conduxo,
piadosísima Ester. Mas si no basta
mi error para expiar el detestarlo
de mi Reyna á los pies, á Mardoqueo
doblaré las rodillas, mis tesoros
de su Pueblo serán...

ESTER.

Pretende en vano
sorprender mi piedad la negra astucia
de un hijo de Amaléc. Tiembla, si queda
Ester con vida.

AMAN.

AMAN.

¿Y quien podrá salvarme
de las iras del Rey, si Ester se vuelve,
misero, contra mí? Perdon te pido, (1)
perdon te pido, por tu Dios...

ESTER.

¡Blasfemo!
¿y tú te atreves á invocar su nombre?
¡Inmundo! morirás. (2)

AMAN.

Si de mi sangre
está sedienta Ester, con esta daga (3)
complacerla sabré.

ESTER.

Prófano! (4) esconde
ese acero á mis ojos.

AMAN.

No, á tu vista
yo

(1) Hincándose de rodillas con los brazos abiertos.
(2) Volviendo las espaldas á Amán.
(3) Alzándose en pie como desesperado, y volviendose Ester a mirarle asustada.
(4) Temerosa, y retirándose mas sobre el lecho.

yo moriré. Mas ¡ay! que Asuero vuelve (1)
como un feróz leon. ¡Ah! ¿quien me libra
de su enojo cruel? Ya de mis ojos
la luz se eclipsa.. Tiembla, y se hunde el suelo
debaxo de mis pies... ¿Quien me sostiene?
¿quien me socorre? Ester... Ester piadosa, (2
á tus pies moriré. (3)

ESTER.

Guardias. Asuero. (4)

ESCENA SEPTIMA.

Amán desmayado á los pies del lecho de Asuero, que viene presuroso á sostener á Ester: Tarse con guardias, y despues Carsena con Beroe, Palmira, Atác y Arbona, que todos quedan atónitos, y miran con maravilla y pasmo á Amán, y á Ester. Finalmente Asuero dexando á Ester, se acer-

(1) Mirando ácia el jardin.
(2) Asuero comparece á la puerta del jardin.
(3) Impetuosamente se arroja con la daga en la mano sobre los pies del lecho en que está Ester.
(4) Saltando en tierra temblando y despavorida.

acerca á observar á Amán, y hallando su daga desnuda sobre el lecho, la toma, y considera con maravilla y horror, mostrándola despues á Ester que está apoyada sobre el brazo de Beroe.

ASUERO.

¿Y Amán en mi Palacio y á mi vista
degollarte intentaba?

ESTER.

El susto... apenas...
me dexa... respirar... (1)

ASUERO.

La pena suya (2)
refrena mi furor. Si no... (3) Quitadme
de la vista ese odioso horrible objeto. (4)

ARBONA.

Señor, Aman tenia en su Palacio
alta cruz preparada, en que hoy debia

 Mar-

(1) Apartando los ojos de la daga, y de Amán.
(2) Indicando á Ester, y encarado con Tarse y Carsena.
(3) En acto de traspasar á Amán, y despues arroja la daga al suelo con desprecio y horror.
(4) Los guardias cubren la cabeza de Amán con un velo, y se lo llevan.

Mardoqueo espirar.

ASUERO.

Sí ? Tarse, en ella
el traydor inhumano el alma exhale.

TARSE.

La voluntad del Rey será cumplida. (1)

ASUERO.

¡Pérfido, ingrato Amán! Volando, Arbona,
á mi presencia trae á Mardoqueo. (2)

ESTER.

Corre á llamarlo, Atác. (3) ¡Ah! padre amado!
¿Y vivo te verán los ojos mios?
Permíteme, Señor, que de aquí lejos
á abrazarle yo vaya; ofender puede
del Rey la Magestad el gozo mio.

ASUERO.

Ofenderme? y por que? fuiste hija suya
antes que esposa mia. A mi presencia
tú conducele, Ester.

ES-

(1) Tarse parte.
(2) Arbona parte.
(3) Parte Atác.

ESTER.

Tambien de gozo (1)
si es verdad que se muere , ahora yo muero.

ASUERO.

Su inocente candor quanto me agrada !
Carsena , ¿y que me dices de la injusta
ingratitud de Amán?

CARSENA.

De maravilla
lleno y de horror su triste fin me tiene.

ASUERO.

Digno fin de un traydor , que de la gracia
de un Monarca abusó , que por el suyo
mide y regula el corazon de todos.
¿Y en un humano pecho tanta cabe
malicia y crueldad? (2)

CARSENA.

Señor , la Reyna
con Mardoqueo vuelve.

(1) En acto de partir.
(2) Cruzando las manos y poniéndolas sobre la frente.

ESCENA OCTAVA.

Asuero, Carsena, y Ester que viene trayendo de la mano á Mardoqueo, cuya diestra, repugnándolo él, ella besa dos veces á la vista del teatro y de Asuero.

ESTER.

No, no puedo
mi placer moderar.

MARDOQUEO.

Gran Rey, perdona
de una hija el piadoso y tierno afecto;
y de besar tus pies permite el gozo
al infelíz cautivo Mardoqueo. (1)

ASUERO.

Ven á mi seno, (2) venturoso padre
de aquella con que plugo hacer felices
mis tristes dias al benigno cielo.
Sí, yo te debo con la vida el trono;
pero el trono y la vida estimo en ménos
que el don de una consorte, sin quien fuera
pe-

(1) En acto de postrarse.
(2) Abrazando á Mardoqueo.

pena el reynar y el respirar á Asuero.

MARDOQUEO.

Si en los ojos de Asuero alguna gracia
una infelíz cautiva encontrar pudo,
ántes que de placer aquí yo muera,
permíteme, Señor, besar la diestra
á la consorte de mi Rey.

ESTER.

No. (1) Asuero...
Padre... ¿Quereis que muera á vuestra vista
de ternura y placer? (2)

ASUERO.

Despues podreis
al natural amor soltar el freno.
Ahora, Mardoqueo, ven conmigo. (3)

ESCENA NONA.

Ester enjugándose las lágrimas, y Carsena algo temeroso y confuso.

CARSENA.

Tú lloras, bella Ester.

(1) Retirándose de Mardoqueo.
(2) Afanada y sollozando.
(3) Asuero se retira con Mardoqueo por la par-

ESTER.

¿Y tú (1) intentabas
que mi padre adorase á un enemigo
de mi ley y mi Dios?

CARSENA.

Yo (2) solamente
le rogué que á sus ojos se escondiese:
Y la piedad que me obligaba á hacerlo
justificarme debe.

ESTER.

No hay escusa
que te pueda salvar del odio mio,
y de mi indignacion. ¡Malvado, iniqüo
Consejero de Amán! Conforme al suyo
será tu triste fin.

CARSENA.

Mas si el enojo
y cólera de Ester sufro inocente,
¿que me importa el morir? Quien es Carsena
lo

parte del jardin.

(1) Volviendose repentinamente contra Carsena llena de ira y de furor.

(2) En acto respetuoso pero tranquilo y constante.

lo sabe toda Susa, Persia toda
lo sabe; y no lo ignora Mardoqueo.

ESTER.

Carsena, si me engañas...

CARSENA.

Si yo miento,
con la de Ester se una en daño mio
la justicia del cielo. Mas mi boca
á ninguno engañó: ni á Amán mi lengua
supo adular.

ESCENA DECIMA.

Ester, Carsena y Asuero que en acto de maravilla y horror viene por la parte del jardin con Mardoqueo.

ASUERO.

¡Cruel, ímpio!.. Carsena,
de su prision conduce aquí al anciano,
que Amán mandó arrestar; mas quede oculto
á su noticia quanto aquí ha pasado. (1)
No, Mardoqueo fiel, no desconfio

(1) Parte Carsena.

de tu sinceridad; pero en un dia
que á tanta iniqüa fraude quitó el velo,
yo no sé que creer, y temo engaños
en la misma verdad. (1) Graciosa Edisa...

ESTER.

Así Ester se llamaba. ¡Oh! dulce nombre
que me acuerda...

ASUERO.

Lo sé, lo sé: de todo
tu padre me informó. ¿Pero ocultarlo
tanto tiempo por que?

MARDOQUEO.

Si fué delito
su silencio, Señor, la culpa es mia.

ASUERO.

Delito no; mas si del justo cielo
la sabia providencia en esta noche
no velara á favor de Mardoqueo,
víctima del furor, y de la astucia
ya serías de Amán. Dime, ese anciano
del oculto destino de tu hija

fué

(1) Volviéndose amoroso, y afable ácia Ester.

fué tambien sabedor?

MARDOQUEO.

Ayer lo supo
de mi boca ; hasta ayer él lo ignoraba
con todo el resto de mi triste Pueblo.

ASUERO.

Y qual ministro de deidad, que tanto
la mentira aborrece, de engañarme
él no será capáz.

ESTER.

Antes el alma
de sus labios saldrá que una mentira.
Pero él viene. Señor, así trataba
el ímpio Amán los hijos de mi Pueblo.

ESCENA XI.

Asuero en acto de admiracion, Ester en ademan compasivo, y lo mismo Mardoqueo, y Carsena que trae de la mano á Abiud cargado de cadenas, y bendados los ojos.

ASUERO.

¡ Que venerable aspecto!

MAR-

MARDOQUEO.

¿Y de un delito
este anciano es capaz? (1)

ABIUD.

Si no me engaño,
el triste acento aquí de Mardoqueo
acabo de escuchar. ¡Ah! en el suplicio
yo le acompañaré. Mas ya que muero, (2)
quiero morir qual fuerte.

ASUERO.

A mis palabras (3)
responde la verdad.

ABIUD.

¡Que voz terrible, (4)
espantosa y cruel! Amán te juzga,
infelíz Abiud.

ASUERO.

Dime tu nombre,

tu

(1) Asuero volviéndose ácia Mardoqueo, y Ester les hace señal para que no hablen.
(2) Afectando fortaleza é intrepidez.
(3) En tono grave y magestuoso.
(4) Mostrando timidéz.

tu estirpe, y tu nacion.

ABIUD.

De un delinqüente
saber la patria quieres, ó el delito?
Yo me llamo Abiud, y soy Hebreo,
hijo indigno de Aaron; delitos todos
muy graves para Amán.

ASUERO.

Tu edad.

ABIUD.

Mis dias
muchos y malos: pero no pudieran
conducirme al sepulcro ántes de tiempo,
si del piadoso Rey, que á Persia manda
no pervirtiera el corazon un hijo
del maldito Amaléc.

ASUERO.

¿Y así te atreves
á insultar á tu juez?

ABIUD.

¿De Amán que puedo
ya temer, ó esperar?

ASUERO.

La muerte.

ABIUD.

De ella
estoy mas que seguro, aunque inocente.

ASUERO.

Si inocente eres tú, ¿por qué á los ojos
te ocultabas de Amán?

ABIUD.

Si fuera reo,
de su vista no huyera: halla el delito
favor y proteccion en un tirano,
que la virtud persigue.

ASUERO.

¿Y tú insultando
sigues al grande Amán?

ABIUD.

¿Y Amán no entiende,
que irritarle procuro, porque acabe
presto con una vida que me pesa
mas que la grave carga de estos hierros,
que ácia el suelo me encorvan?

ASUERO.

Presto, presto
de tanto afan te libraré. Mas dime
una hija no tuvo Mardoqueo?
¿su destino qual fué? ¿vive ella en Susa?

ABIUD.

¡Gran Dios! (1) ¿Que le diré?

ASUERO.

Mas ¿tú te turbas?
¿Por que tardas ahora en responderme?

ABIUD.

Yo no sé donde estoy... Y tantas cosas
á un tiempo me preguntas, que á ninguna
acierto á responder. Sí... yo... en la casa
de Mardoqueo vi una tierna niña,
que, creciendo en edad, era llamada
la bella Edisa: y con razon, pues era
Edisa sin contraste la mas bella
entre todas las bellas de su Pueblo.
Pero de Mardoqueo no fué hija. (2)

ASUE-

(1) Turbado y volviendo el rostro á otra parte.
(2) Asuero se altera, Ester se turba, y Mardoqueo se muestra agitado y cuidadoso.

ASUERO.

La verdad dí.

ABIUD.

Esto es... era hija suya...

ASUERO.

Por engañarme tú te contradices. (1)

ABIUD.

Es Amán, que no entiende lo que digo,
ni me dexa explicarme... Mardoqueo...
tuvo un hermano... el qual murió. Dichoso
mil veces él; pues no alcanzó estos tiempos.
Se llamó Abiahil; y por consorte
le cupo una muger ... dos verdaderos
Israelitas...

ASUERO.

Tu respuesta abrevia,
si quieres que se abrevie tu tormento.

ABIUD.

¿Y desde quando Amán conoce y siente
piedad de un infelíz? En suma, Edisa,
muertos sus padres, en agena tierra,
huér-

(1) Enojado.

huérfana, desvalida y solitaria
de tierna edad quedó, sin otro apoyo
que la piedad y amor de Mardoqueo.
El la adoptó por hija, y mas que padre
la atendia y la amó... ¿Pero que parte
pudo Edisa tener en el delito
de su padre infelíz?

ASUERO.

No te pregunto
del delito de Edisa; su destino
quiero de tí saber.

ABIUD.

Y su destino
de mí no lo sabrás.

ASUERO.

Yo no lo ignoro.

ABIUD.

Pues ¿por qué lo preguntas?

ASUERO.

De tus labios
confirmado lo quiero.

ABIUD.

Antes la lengua
me arrancarás que de mi boca saques
el recóndito arcano, que algun dia
funesto á Amán será. De mi obstinado
silencio en pena, al fin dame la muerte:
yo te la pido, sí, yo te la pido
de rodillas tambien. (1)

ASUERO.

La obscura benda
de sus ojos romped: y al inocente
de esos hierros librad. (2)

ESTER.

¿No reconoces
á Edisa, santo anciano?

MAR-

(1) Se hinca de rodillas, juntando las manos del modo que puede, inclinando la cabeza, y alargando el cuello, como quien lo presenta para que se lo corten.

(2) Ester le desata la benda, rompiéndola en varios pedazos; Mardoqueo y Carsena sueltan las cadenas; y Abiud al principio temeroso, y despues maravillado y confuso, mira atentamente el suelo, las paredes, el techo de la galería, y las personas que le rodean ayudándole á levantarse en pie.

MARDOQUEO.

Sí; yo soy
Mardoqueo, Abiud.

ABIUD.

Mas... donde estamos..?
¿De Abraam es este el seno venturoso?...
¿Y aquel Señor quien es? (1)

ASUERO.

Yo soy Asuero:
no temas, buen anciano: el Pueblo tuyo
no morirá.

ABIUD.

¿Y Amán donde se ha ido?

ASUERO.

Ahora lo sabrás.

ESCENA XII.

Tarse, y los dichos.

TARSE.

Del Rey cumplida
quedó la voluntad. Amán acaba

(1) Señalando temeroso á Asuero.

de espirar en la cruz, que á Mardoqueo
preparada tenia. Y bastó apenas
la milicia Real para librarle
del popular furor, que le queria
vivo despedazar.

ASUERO.

Tarse, del resto
me informarás despues: ahora buela,
de los hijos de Amán, de su consorte
y su rico tesoro en nombre mio
á apoderarte: Ester despues de todo
dispondrá á su placer. (1) A mi Palacio
convoca tú, Carsena, de la Persia
todos los Grandes; dar á Amán conviene
un sucesor mejor. (2)

ESCENA ULTIMA.

Asuero, Ester, Mardoqueo y Abiud.

ASUERO.

¿De Amán supiste (3)

la

(1) Parte Tarse.
(2) Parte Carsena.
(3) Encarándose afable con Abiud, que está atónito, y como fuera de sí.

la infausta suerte ya?

ABIUD.

¡Dios poderoso! (1)
Santo Dios de Israél, único eterno!
grandes tus obras son. Las maravillas
y los portentos de tu fuerte brazó
¿quien podrá referir? Sobre las cimas
de los sublimes cedros poco antes
yo ví elevado á Amán; ¿y Amán ahora
adonde adonde está? Toda su gloria
se disipó qual humo; él al profundo
cayó qual grave plomo, ó escollo, ó monte
que se arroja en el mar. ¿Y quien podia
aterrar su poder, y su soberbia
altiva confundir, si no es el grande
fuerte Dios de Jacob?.. (2)

MARDOQUEO.

El sueño mio
entiendes ya, Abiud. Ve allí la fuente,

 y

(1) Sin atender á Asuero, y como transportado.

(2) Como falto de fuerzas, y de respiracion se apoya sobre Mardoqueo y Asuero como pasmado le observa algo retirado de el con Ester.

y el caro sol ve allí: y él fin ya viste
del sangriento dragon...

ASUERO.

Sí, Mardoqueo, (1)
grande es el Dios que adoras: el dirige,
él alumbra tus pasos. Con sus alas
te ha protegido contra el vano empeño
de quien perderte quiso. El nombre suyo
sobre Asuero invocad: sobre mi imperio
obtened su favor. Su ley, sus fiestas
observad en la Persia: el Pueblo vuestro
al mio igual será. Yo con la vida
la libertad os doy; y al alto grado
de que ha caido Amán, con este anillo
mi gratitud te ensalza, Mardoqueo.

MARDOQUEO.

¡Benigno Rey!..

ESTER.

Asuero generoso...

ASUE-

(1) Acercándose á donde están Mardoqueo y Abiud.

ASUERO.

Amada Edisa, ven, toda la Persia
de tu padre á los pies á ver postrada.

ABIUD.

Ahora mis ojos cerraré contento.

FIN.